

# **Libro de Levítico**

Frank Binford HOLE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| 1 - Levítico 1 al 2:16 . . . . .     | 3  |
| 2 - Levítico 3:1 al 6:7 . . . . .    | 7  |
| 3 - Levítico 6:8 al 10:7 . . . . .   | 13 |
| 4 - Levítico 10:8 al 15:33 . . . . . | 18 |
| 5 - Levítico 16:1 al 22:33 . . . . . | 26 |
| 6 - Levítico 23:1 al 25:23 . . . . . | 33 |
| 7 - Levítico 25:23 al 27 . . . . .   | 40 |

## 1 - Levítico 1 al 2:16

Ahora comenzamos el libro de Levítico, y debemos relacionar el capítulo 1:1 con [Éxodo 40:38](#). Jehová había hablado a Moisés desde el Sinaí, pero habló desde «el tabernáculo» tan pronto como Su gloria tomó posesión de él. Así fue como manifestó su presencia. Vemos un paralelismo con esto en [Hechos 2](#). Cuando Dios formó su casa espiritual, “edificando” a los discípulos en Jerusalén «para morada de Dios en el Espíritu» ([Efe. 2:22](#)), la primera manifestación de su presencia fue su Espíritu hablando con tanto poder a través de Pedro, de lo que se había cumplido con la muerte, resurrección y ascensión de Cristo, que 3.000 personas se convirtieron. En nuestro capítulo, Dios solo habla de los sacrificios, que representaban simbólicamente lo que Cristo iba a cumplir a su debido tiempo.

Todo el primer capítulo está dedicado a instrucciones sobre lo que debía suceder si alguien deseaba ofrecer un holocausto a Jehová. De todas las ofrendas, esta ocupa el primer lugar, ya que simboliza el sacrificio de Cristo desde el punto de vista más elevado, es decir, su valor y excelencia a los ojos de Dios. No era obligatorio como la ofrenda por el pecado. La palabra «ofrenda» en el versículo 2 es una traducción de «Corbán», a la que se refiere el Señor en [Marcos 7:11](#): una ofrenda voluntaria, que podía omitirse o, por el contrario, utilizarse como excusa hipócrita para eludir el deber hacia los padres ancianos.

Con la posible excepción de [Génesis 4:7](#), donde «pecado» puede significar «ofrenda por el pecado», cabe señalar que las ofrendas mencionadas hasta el momento de la promulgación de la Ley son holocaustos. Esto concuerda con lo que leemos en [Romanos 5:13](#). Desde el momento de la caída, el pecado estaba en el mundo, «pero [el] pecado no se imputa sin que haya Ley». Dios no ignoró el hecho del pecado, pero no lo imputó al hombre de manera definitiva como lo hizo cuando se dio la Ley. Por eso la ofrenda por el pecado no cobró importancia hasta que se dio la Ley.

En el versículo 3, tenemos las palabras “lo ofrecerá voluntariamente”, pero en la nueva traducción de Darby (en francés) se traduce como “lo presentará... para que lo acepte”. Por lo tanto, es evidente que la idea era que el que ofrecía debía presentarse ante Dios aceptando plenamente la ofrenda sin defecto que traía. Por eso, el hecho de poner la mano sobre la cabeza de la ofrenda, como se menciona en el versículo siguiente, significaba que se identificaba con su ofrenda. Creemos que esto nos proporciona el significado fundamental que se atribuye a la imposición de manos a lo largo de las Escrituras. Significa identificación.

Al leer el capítulo, vemos inmediatamente que las instrucciones dadas se dividen en 3 partes, según la ofrenda traída, ya sea del ganado, del rebaño o de las aves. Observamos que hay ligeras diferencias en los detalles menores entre las 3, pero las líneas generales son las mismas. La sangre de cada una debía ser rociada sobre el altar, y en cada caso, ni los sacerdotes ni el oferente tenían parte reservada: todo era para Jehová.

Sin embargo, algunas cosas que se especifican nos recuerdan que estos tipos son solo sombras y no pueden representar toda la excelencia de lo que simbolizan. Por ejemplo, las entrañas y las patas de las víctimas debían lavarse con agua antes de ser ofrecidas a Jehová por el fuego, al igual que los sacerdotes debían lavarse las manos y los pies cada vez que entraban en el tabernáculo. Así, las entrañas de las aves, con sus «plumas» y su «buche», debían ser arrojadas entre las cenizas. El hecho es que el pecado del hombre ha contaminado toda la creación, y no hay nada perfecto. Pero, gracias a estas precauciones, los holocaustos eran un tipo apropiado del sacrificio que Cristo hizo «mediante el Espíritu eterno, se ofreció sin mancha a Dios» (Hebr. 9:14), entregándose así «por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante» (Efe. 5:2).

Encontramos 3 veces en nuestro capítulo las palabras «grato para Jehová» (v. 9, 13, 17). La particularidad del holocausto quedaba así claramente indicada. Presentaba el sacrificio de Cristo en su excelencia intrínseca, tal y como lo apreciaba Dios mismo. Si su sacrificio no hubiera logrado nada para el hombre, entonces, al ser probado por el fuego del juicio, todo en él habría sido un olor agradable para Dios. Pero en realidad, aunque el beneficio que el creyente obtiene de él es secundario, está muy presente, ya que, identificados como estamos con su sacrificio, somos aceptados ante Dios. Los pasajes que hemos citado anteriormente, tomados de [Hebreos 9](#) y [Efesios 5](#), lo muestran claramente.

Las 3 categorías de holocaustos se mencionan en orden descendente. El hombre rico podía traer su buey, el hombre de condición media su oveja y el pobre su paloma. Sin embargo, cada uno de los 3 era un holocausto y, en cada caso, el oferente era aceptado ante Dios. Lo que vemos simbolizado en estas variaciones no es una mayor o menor aceptación, sino una mayor o menor comprensión por parte del oferente. En otras palabras, cada creyente está aceptado ante Dios en la perfección y la fragancia del sacrificio de Cristo, que nunca varía y es el mismo para todos. Lo que varía es la medida en que apreciamos el valor de su obra. Por lo tanto, cuando ofrecemos a Dios «sacrificio de alabanza... el fruto de labios, que confiesa su nombre» ([Hebr. 13:15](#)), la naturaleza de nuestra alabanza varía. Si comparamos nuestras reflexiones

sobre [Levítico 1](#) con lo que tenemos en [1 Juan 2:13-27](#), podemos decir que el «padre» puede traer su toro, el «joven» su oveja y el «niño» puede traer su paloma.

Antes de dejar [Levítico 1](#), echemos un vistazo a las últimas palabras de los versículos 9, 13 y 17. Como vemos en el versículo 4, la expiación estaba relacionada con el holocausto, pero esa no era la idea principal, sino más bien la excelencia de la ofrenda en la estimación divina. Era un aroma agradable para Él.

En [Levítico 2](#) se dan detalles sobre la ofrenda de «oblación» o «flor de harina». En hebreo se utiliza una palabra diferente para ello, pero sigue siendo una palabra que indica un don, ya que también se trataba de una ofrenda voluntaria y no obligatoria. La ofrenda básica era harina fina, pero podía ofrecerse de diferentes maneras: fresca y sin tratar, horneada o frita. Pero en todos los casos debía ir acompañada de aceite e incienso.

Ahora bien, nada es más suave, más regular y menos granuloso que la harina fina, por lo que es el símbolo más apropiado de la perfección lisa e impecable de la vida terrenal del «hombre Cristo Jesús». Además, el aceite aquí, como en otros lugares, es típico del Espíritu Santo de Dios, en cuyo poder el Señor Jesús siguió su camino de servicio sin igual, como vemos en [Lucas 3:22](#) y [Lucas 4:1, 14](#).

El aceite debía utilizarse de diferentes maneras. En el primer caso, en el versículo 2, el sacerdote debía tomar un puñado de harina y aceite y quemarlo en el altar en señal de recuerdo. En los demás casos, en los versículos 4 al 9, las ofrendas debían «mezclarse» con aceite y luego «ungirse» con aceite. Aquí, una vez más, podemos ver simbolizado lo que se explica claramente en el Evangelio según Lucas, especialmente en el primer capítulo. Cuando nuestro bendito Señor se humilló para hacerse hombre, su nacimiento fue el resultado de una acción del Espíritu Santo, de modo que su naturaleza humana, aunque verdadera era, sin embargo, única, «mezclada» con el Espíritu Santo. Más tarde, como hemos visto, fue «ungido» con el Espíritu Santo y con poder.

En este capítulo no aparece la palabra “expiación”. Esto se debe a que no se derramó sangre en la ofrenda de oblación vegetal que simbolizaba su vida perfecta. Es la sangre la que expía el alma.

Por lo tanto, había cierta variedad en la forma en que se constituía la ofrenda de alimento, pero en cada caso, mientras que solo una parte de lo que se presentaba se quemaba en memoria y como aroma agradable para Jehová, todo el incienso debía quemarse con la memoria. Esto subraya una vez más que la idea principal de la

ofrenda, al igual que en el holocausto, es la del placer y el gozo del mismo Dios en la vida perfecta del Señor Jesús, cuando fue probado por el fuego. Él es el único en quien no se encontró ningún defecto, sino toda la perfección en la energía del Espíritu Santo, siendo al mismo tiempo un aroma agradable.

Pero, aunque en este tipo Dios tenía todo el incienso, quedaba harina y aceite, o pasteles mezclados y untados, que debían ser la parte de Aarón y de sus hijos. Debían tener como parte de su alimento lo que se había ofrecido a Dios para Su placer. Podemos ver en ello una indicación de nuestro privilegio como personas que han sido edificadas «como casa espiritual, en un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales» (1 Pe. 2:5), ya que el versículo 7 continúa diciendo: «Para vosotros que creéis, tiene gran valor», o, más literalmente, «mucho valor». Cristo es precioso para Dios en una medida infinita, pero su preciosidad también es para nosotros.

El creyente de hoy, como sacerdote, está autorizado a alimentarse de toda la excelencia que se manifestó en Cristo y, así alimentado, tiene los medios para ofrecer esos sacrificios espirituales de alabanza que son agradables a Dios. Pero fíjense en estas palabras que se repiten 2 veces (v. 3 y 10): «Una cosa santísima de las ofrendas que se queman para Jehová». Cuando Cristo está ante nosotros, no olvidemos nunca la santidad del tema, sino tratémoslo con la reverencia y la reserva que se derivan del juicio propio, lo cual es conveniente.

En los versículos 11 y 13 encontramos otras reglas estrictas. Toda levadura y toda miel debían excluirse de todas las ofrendas vegetales, y estas debían contener siempre sal. A lo largo de las Escrituras, la levadura se considera sistemáticamente un símbolo del mal debido a su poder de impregnación. Estaba totalmente ausente de la vida perfecta de nuestro Señor y nunca podía ofrecerse a Dios. La miel se considera el producto natural más dulce, como indica Jueces 14:18. Tampoco debía ofrecerse a Dios. Nuestro Señor Jesucristo era la encarnación misma de la gracia. Pero la gracia de Dios no es una dulzura natural, similar a la amabilidad humana, ya que la verdad y la gracia nos llegaron a través de él. La verdad que vino por medio de Jesucristo está relacionada con la sal, que siempre debía formar parte de los sacrificios ofrecidos a Dios.

La instrucción del Señor a sus discípulos, y a nosotros, fue: «Tened en vosotros mismos sal, y vivid en paz los unos con los otros» (Marcos 9:50). Luego, el apóstol Pablo escribe: «Vuestra palabra sea siempre [con gracia],azonada con sal» (Col. 4:6), y también: «Practicando la verdad con amor» (Efe. 4:15). Estas Escrituras explican claramente lo que es la «sal» cuando se aplica a nosotros. Una sana consideración

por la verdad nos preserva de esa actitud de compromiso, que es tan dulce si solo está en juego la amabilidad humana. En nosotros, todo esto solo se encuentra en medida. En Cristo, todo era perfección.

Entre el versículo 11, que prohíbe tanto la levadura como la miel, y el versículo 13, que insiste en la presencia de la sal, se encuentra el versículo 12, que menciona los primeros frutos. Estos, aunque ofrecidos a Jehová, no debían ser quemados en el altar como un aroma agradable. Aquí no se menciona ninguna razón, pero se hace referencia a la «nueva ofrenda vegetal», de la que hablamos en [Levítico 23:16-17](#), donde descubrimos que estos primeros frutos consistían en 2 panes cocidos con levadura. Solo debían ser agitados ante el Señor y no quemados. No eran típicos de Cristo, sino más bien de la Iglesia, como veremos cuando lleguemos a ese capítulo. Solo las ofrendas que eran típicas de Cristo podían quemarse en el altar como aroma agradable para Jehová.

En los 3 versículos que cierran el capítulo, se habla de una ofrenda vegetal compuesta de trigo en mazorca o trillado. Los primeros frutos de la cosecha podían presentarse así, sin haber sido molidos por el hombre. El recuerdo de esta ofrenda podía ser quemado por el sacerdote en el altar con aceite e incienso. Esto era aceptable para Dios. En [Levítico 23:10-11](#), la gavilla de los primeros frutos solo debía ser agitada delante de Jehová, pero, como veremos, esto simbolizaba a Cristo en su resurrección. Aquí seguimos ocupándonos de Cristo en su vida de perfecta obediencia que culminó en su muerte. Lo vemos más bien como el «grano de trigo» perfecto que cayó en tierra y murió, y cuya muerte da vida a otros, como el Señor mismo indicó en [Juan 12:24](#).

## 2 - Levítico 3:1 al 6:7

Llegamos ahora a la tercera categoría de ofrendas prescritas por la Ley. El holocausto y la ofrenda de alimentos estaban muy estrechamente relacionados: el primero simbolizaba la muerte sacrificial y el derramamiento de la sangre de Cristo en la excelencia de su olor agradable ante Dios; el segundo, el olor igualmente agradable de su vida perfecta en la energía del Espíritu Santo, puesta a prueba hasta la muerte. En la ofrenda de paz, tenemos otro aspecto de su sacrificio que se basa en lo anterior.

El propio título de esta ofrenda nos muestra que debía ser traída por un israelita cuya conciencia estuviera en paz ante Dios. No había ninguna obligación al respecto;

simplemente deseaba traerla. En este sentido, era lo contrario de la ofrenda por el pecado o la culpa, que debía ser traída bajo coacción por el israelita cuya conciencia no estaba en paz debido a sus malas acciones.

Observamos de nuevo que el animal ofrecido podía provenir del rebaño, de las ovejas o de las cabras, y que debía ser sin defecto. Pero, por otro lado, se concedía una mayor libertad, ya que se podía traer tanto una hembra como un macho. Esto era de esperar, dado que se trata de la respuesta del futuro adorador.

El hecho de que los sacerdotes pusieran la mano sobre la cabeza de la víctima, deramaran y rociaran su sangre es el mismo que en el holocausto, pero ahora, en lugar de quemar toda la víctima en pedazos sobre el altar, solo se debía quemar la grasa de las entrañas para que desprendiera un aroma agradable a Jehová.

Como esta grasa interna era señal de un animal sano y vigoroso, simboliza bien la excelencia y la energía de esta devoción a la muerte que caracterizó a nuestro bendito Señor. Esto era un olor agradable a Dios, como indica el tipo.

La grasa de las ofrendas de paz era entonces reclamada por completo por Dios, y el último versículo del capítulo lo indica muy claramente. La grasa debía quemarse en el altar y la sangre debía rociarse alrededor. El pueblo de Israel no debía comer ninguna de las 2 cosas. La sangre era la vida de la víctima y la grasa era su excelencia. Esta estricta ordenanza testificaba que el hombre, como pecador caído, había perdido su propia vida y no tenía en sí mismo ninguna excelencia que le permitiera presentarse ante Dios. Si se presenta, debe ser sobre la base de la vida perfecta de Otro que se sacrificó ante Dios, y en la excelencia de Aquel que se convirtió en la víctima.

En este capítulo, solo aprendemos lo que había que hacer con la sangre y la grasa, que eran la parte de Dios. Debemos recurrir a la Ley de la ofrenda de paz, que se nos da en [Levítico 7:11-34](#), para aprender que, en la ofrenda de paz, no solo el sacerdote tenía su parte, sino que el propio ofrecedor también tenía la suya. Así, la comunión con Dios, en cuanto a la excelencia del sacrificio de Cristo, es una característica distintiva de esta ofrenda. Pero sus detalles nos serán revelados cuando lleguemos al capítulo 7.

Sin embargo, en nuestro capítulo hay una ligera alusión a esta característica en los versículos 11 y 16. Encontramos 2 veces la expresión «el alimento de la ofrenda», que se hacía por el fuego y subía como aroma grato a Dios. Ahora bien, la palabra traducida aquí como “alimento” se traduce mucho más a menudo como «pan», pero

sea cual sea la palabra que adoptemos como mejor traducción, tenemos la idea de un alimento que proporciona una porción satisfactoria. Y estamos autorizados a encontrar una porción en lo que es el «pan» de Dios.

Como ya hemos observado en estos tipos, Dios comienza por su parte y desciende hacia nosotros. Así pues, comenzamos con el holocausto y llegamos finalmente a las ofrendas por el pecado y la transgresión. Por nuestra parte, debemos comenzar con la ofrenda por el pecado. Nada es justo, y no podemos avanzar más hasta que nuestros pecados y toda su culpa no sean resueltos. [Levítico 4](#) está dedicado a la ofrenda por los pecados.

En el versículo 2, observemos 2 cosas. En primer lugar, el pecado considerado es contra «alguno de los mandamientos de Jehová». Como ya hemos señalado, «el pecado no se imputa» [no se tiene en cuenta] cuando no hay Ley (vean [Rom. 5:13](#)). Ahora hemos llegado al momento en que se dio la Ley, con sus numerosos mandamientos detallados, de modo que cuando se infringía uno de esos mandamientos, el pecado se imputaba inmediatamente al transgresor, y se instituyó esta ofrenda especial para expiar al pecador.

Pero, en segundo lugar, los pecados contemplados cuando se instituyó esta ofrenda eran los cometidos «por ignorancia». Aquí vemos brillar la compasión de nuestro Dios. Él conocía bien la fragilidad, la ignorancia y el olvido que caracterizan a la pobre humanidad caída, y se tomó esta disposición. El pecado cometido deliberadamente, en un desafío frío, y deliberado contra Dios, no se contempla aquí; de hecho, leemos en [Hebreos 10:28](#): «El que rechaza la Ley de Moisés, muere sin compasión, por [el testimonio] de dos o tres testigos». Aunque Dios es un Dios misericordioso, la Ley como tal no tiene misericordia, y por eso la disposición misericordiosa de las ofrendas por el pecado y la transgresión solo entraba en vigor cuando la raíz del pecado era la ignorancia y no la voluntad deliberada.

Después de leer este capítulo en su totalidad, vemos inmediatamente que las instrucciones se dividen naturalmente en 4 secciones, según la posición ocupada por la persona o personas que cometen el pecado. De ello dependía la gravedad del pecado a los ojos de Dios. El pecado podía ser cometido por: (1) el Sumo Sacerdote mismo; (2) toda la congregación de Israel; (3) un conductor; (4) un miembro del pueblo. Así, en cada caso aparecen ciertas diferencias, aunque hay características que se repiten sistemáticamente en los 4 casos.

Notemos primero estas características comunes. En cada caso, cuando se reconocía el pecado, debía confesarse ante Dios de manera concreta, ofreciendo el sacrificio

apropiado ante Jehová, y el culpable debía poner su mano sobre la cabeza de la víctima, identificándose así con ella. En el caso de que toda la comunidad hubiera pecado, esta acción debía ser hecha por los ancianos de la comunidad, que representaban a todo el pueblo.

Sin embargo, esta identificación puede distinguirse de la que hemos visto en el caso del holocausto, en la medida en que aquí significaba la identificación de la víctima con el pecador, de modo que la culpa del pecado se transfería del pecador a la víctima, que moría en su lugar. En el caso del holocausto, significaba la idea opuesta y complementaria de que el oferente se identificaba con el buen olor y la aceptación de la ofrenda. Ambas cosas se unen en el antitipo: la muerte propiciatoria y sustitutiva de nuestro bendito Señor.

En cada caso, la víctima era matada. La muerte es la paga del pecado, y no se puede imponer ninguna otra pena en su lugar. Esto se reconoce en nuestros tribunales. Un preso puede estar condenado a una multa, con la cárcel como alternativa. Pero nunca oímos a un juez condenar a un hombre a muerte, con la alternativa de la cárcel o cualquier otra pena. En toda su gravedad, la pena de muerte por el pecado es única. Esto se prefigura claramente aquí. En cada caso, la sangre de la víctima era rociada delante de Jehová, pero no siempre de la misma manera. La sangre rociada testificaba ante Dios que la pena de muerte se había cumplido, y «la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas» (Lev. 17:11).

Además, en cada caso, algunas partes de las entrañas y toda la grasa debían ser tomadas y quemadas en el altar, al igual que se quemaba la grasa de las ofrendas de paz. No se dice nada sobre si esta combustión era un olor agradable, como era el caso de las ofrendas de paz. La grasa era un verdadero testimonio de la excelencia de la víctima, lo cual era necesario para obtener la expiación de los pecados, pero en este caso se trata de cubrir los pecados del hombre más que de satisfacer a Dios.

Por último, en cada caso, el pecado era perdonado en virtud del sacrificio. En el primer caso, el del sacerdote ungido, no se menciona este hecho, pero es evidente que no era una excepción a la regla. Si queremos comprender la naturaleza del perdón que se menciona, debemos leer y meditar en [Romanos 3:24-25](#).

En este importante versículo, la palabra traducida como «redención» significa “pasar por alto”, y es la única vez que aparece esta palabra en las Escrituras. En este versículo vemos que, en Cristo y por su muerte expiatoria, Dios declaró su justicia pasando por alto los pecados de su pueblo en su misericordia paciente durante

los siglos que precedieron a la venida de Cristo. Los santos ángeles, que sin duda conocían lo que se dice en [Hebreos 10:4](#), a saber, que «es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados», tal vez se preguntaron cuál era el fundamento justo del perdón ofrecido en [Levítico 4](#). Fue la muerte de Cristo la que declaró la justicia de Dios a este respecto y justificó su acción. Los sacrificios y el perdón del Antiguo Testamento eran como pagarés con una fecha de vencimiento lejana. La fecha de vencimiento llegó cuando Cristo murió y convirtió esos pagarés en oro puro de una redención cumplida por Dios.

Consideremos ahora las diferencias entre las 4 secciones. Si el sacerdote ungido pecaba, entonces tenemos el caso más grave de todos. Él era el vínculo designado entre el pueblo y Dios, y todo el pueblo estaba involucrado con él. Por lo tanto, era necesario ofrecer un novillo sin defecto, y su sangre debía ser rociada no solo sobre el altar exterior, sino también llevada al santuario y rociada 7 veces delante del velo y sobre los cuernos del altar de los perfumes. En el tipo, el culto del pueblo se veía interrumpido por el pecado del hombre, que lo presentaba ante Dios en la fragancia del incienso. Mientras no se rociara la sangre, no podía haber acción sacerdotal ante Jehová en nombre del pueblo.

Encontramos exactamente las mismas características en el segundo caso, el del pecado de toda la congregación. En este caso, puede que el sacerdote no estuviera implicado, pero aun así se habría encontrado sin ningún pueblo digno de ser representado ante Jehová, por lo que el resultado era en realidad muy similar. En estos 2 casos, en los que el pecado era de una gravedad que afectaba a todos, el cuerpo de la víctima debía ser transportado fuera del campamento y quemado allí.

[Hebreos 13:11](#) hace referencia a este hecho, y la aplicación para nosotros se da en el versículo siguiente. El sacrificio de Cristo era para los otros y concernía a todo el pueblo, lo que correspondía al tipo. Cuando sufrió, los días del campamento de Israel en el desierto habían terminado, y Jerusalén era su ciudad. Pues bien, él sufrió fuera de la puerta de su centro religioso. El lugar del cristiano hoy, aunque sea judío de nacimiento, está fuera de ese sistema religioso, en asociación con el Cristo rechazado que murió y vive de nuevo.

Cuando un líder o un miembro del pueblo pecaba, los animales traídos para el sacrificio eran de menor valor. La sangre se aplicaba al altar en el exterior, pero no se llevaba al interior del santuario. Del mismo modo, el cuerpo de la víctima no debía quemarse fuera del campamento. Aquí no se nos dice qué había que hacer con esos cuerpos. Cuando llegamos a la ley sobre la ofrenda por el pecado, vemos que

proporcionaba un alimento muy santo a los sacerdotes y a sus hijos.

Los detalles relativos a las ofrendas por las transgresiones se encuentran en [Levítico 5](#) y en los 7 primeros versículos de [Levítico 6](#). Una transgresión puede cometerse contra el prójimo, así como contra Dios y sus cosas santas, y se especifican varias formas en que puede producirse una transgresión.

Los sacrificios prescritos revelan 2 cosas. En primer lugar, que una transgresión contra Dios en sus cosas santas es un asunto más grave que una transgresión contra el hombre, por lo que las ofrendas prescritas en los versículos 15 y 18, así como en [Levítico 6:6](#), son de un tipo más sustancial que las demás. Tocar algo impuro o hacer un juramento falso no tiene la misma gravedad ante Dios que profanar las cosas sagradas o cometer actos de violencia y engaño contra el prójimo, deshonrando así el nombre de Jehová.

Para estas ofensas menores, se podía traer un cordero o un cabrito, o 2 tórtolas; y uno de los 2 podía ofrecerse en holocausto después de que el primero se hubiera ofrecido en sacrificio expiatorio. Del mismo modo, si un hombre era tan pobre que ni siquiera podía traer 2 palomas, podía traer tan solo la décima parte de un efa de harina fina, y el sacerdote podía ofrecerla en sacrificio expiatorio. Cuando se ofrecía la flor de la harina como ofrenda, debía ir acompañada de aceite e incienso. Aquí, estos 2 elementos están expresamente excluidos. El elemento del aroma agradable faltaba en lo que debía ofrecerse obligatoriamente en expiación por las faltas de los hombres pecadores.

Leemos en [Hebreos 9:22](#) que «según la Ley, casi todo es purificado con sangre». He aquí un ejemplo que justifica la adición de la palabra «casi» antes de la palabra «todo». En el caso que nos ocupa, vemos la bondad de Dios, que tiene en cuenta la gran pobreza de algunos de sus hijos descarriados. El sacerdote podía comer el resto como si se tratara de una ofrenda de carne, pero el puñado era quemado como ofrenda por el pecado.

Otra cosa caracterizaba estas ofrendas por la culpa, cuando se habían violado los derechos de los hombres. El culpable no solo debía llevar su ofrenda a Dios, sino que también debía reparar el daño que había causado a aquel contra quien había pecado. Si el mal había causado una pérdida en las cosas santas de Dios, debía repararla, como vemos en [Levítico 5:16](#). Lo mismo ocurría si un hombre había sufrido una pérdida, como vemos en [Levítico 6:3](#). La reparación debía hacerse sobre la misma base en ambos casos. Lo que se había perdido originalmente debía ser reembolsado y se debía añadir una quinta parte. No se puede encontrar nada más justo que eso.

Muchos ladrones no verían ningún inconveniente en cumplir una pena de prisión si pudieran quedarse con el botín que han robado. Pero perder todo lo que han ganado, más una quinta parte, le quita todo el encanto a su delito.

A la luz de esto, vemos lo excepcional que era la declaración de Zaqueo, relatada en [Lucas 19:8](#). Él podía decir: «Si a alguien he defraudado, se lo devuelvo cuadruplicado». Esto iba mucho más allá de lo que exigía la Ley, y la gente del mundo lo habría considerado una honestidad excesiva, hasta tal punto que, si alguien merecía la salvación, ese era Zaqueo. El Señor barrió todos estos pensamientos cuando dijo: «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido»

El cumplimiento más virtuoso de la Ley en uno de sus detalles no compensa su violación en otros detalles. Por eso leemos: «Por tanto, por las obras de la Ley nadie será justificado ante él» ([Rom. 3:20](#)). Zaqueo debía recibir la salvación como verdadero «hijo de Abraham», es decir, como creyente (vean [Gál. 3:7](#)).

No podemos dudar de que los principios enunciados en los versículos 2 al 5 se aplican hoy en día a cualquier falta u ofensa cometida por un cristiano hacia otro hombre. Aunque se haya hecho sin darse cuenta, el creyente debe poner el mayor cuidado en reparar el daño, en la medida de sus posibilidades. El hecho de que no estemos bajo la Ley, sino bajo la gracia con sus normas más elevadas, debería incitarnos a tener mucho cuidado de no caer por debajo de la norma que la Ley ha establecido en esta materia.

### 3 - Levítico 6:8 al 10:7

Desde el versículo 8 del capítulo 6 hasta el final del capítulo 7 de Levítico, tenemos la ley sobre las diferentes ofrendas. En cada caso, la «Ley» proporciona detalles adicionales sobre la forma en que la ofrenda debía presentarse a Jehová y, más concretamente, sobre la forma en que los sacerdotes debían tratar las partes que no se quemaban ante Él.

Una vez más, el holocausto ocupa el primer lugar. Como todo se consumía en el altar, la ley al respecto era sencilla. Cada mañana, se debía colocar la leña en el altar y consumir el holocausto sobre él; pero lo mismo debía hacerse por la tarde y durante toda la noche, manteniendo encendido el fuego del altar. El fuego nunca debía apagarse, y las cenizas debían tratarse con respeto.

De esto podemos extraer 2 lecciones. En primer lugar, que el aroma grato del sacrificio de Cristo está siempre ante Dios. El valor y la fragancia de su obra han permitido la reconciliación, por lo que Dios sigue acompañando a un pueblo falible. Pero, en segundo lugar, que el fuego nunca debía apagarse porque simbolizaba el juicio consumidor de Dios, cuyas exigencias nunca podían satisfacerse con los sacrificios simbólicos exigidos por la Ley. Solo cuando se cumplió el sacrificio suficiente de Cristo pudieron escribirse las palabras «No hay más ofrenda por el pecado» (Hebr. 10:18). Hoy podemos regocijarnos de que «el fuego del altar» se haya extinguido efectivamente para los que creen, aunque el fuego de la ira de Dios seguirá ardiendo contra los hombres pecadores que rechazaron su gracia cuando alcancen una eternidad perdida.

La ley de la ofrenda de alimentos ocupa los versículos 14 al 18 y se refiere principalmente a la parte de la ofrenda que no se quemaba como aroma grato y que, por lo tanto, debía ser comida por Aarón y sus hijos. Estaba reservada a la familia sacerdotal, es decir, a los hombres que normalmente oficiaban como sacerdotes. Debía ser tratada como algo muy santo. La levadura debía excluirse por completo y debía consumirse dentro del tabernáculo. En el capítulo siguiente, vemos que los que estaban autorizados a comer las ofrendas de paz debían estar ritualmente puros, y esto se aplicaba sin duda a los sacerdotes que participaban en las ofrendas de carne. Hoy en día, cada santo es constituido sacerdote, pero debemos estar moralmente puros para digerir interiormente las excelencias de la vida de nuestro bendito Señor, que fueron ofrecidas tan totalmente a Dios.

Los versículos 19 al 23 tratan de la ofrenda especial de Aarón y de sus hijos el día de su unción. Debía ofrecerse la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde, pero debía quemarse por completo como un olor grato y no debía comerse. Solo después de haber sido ungido y estar plenamente cualificado, el sacerdote podía participar en ella, pero durante su unción, el olor agradable debía ascender hacia Dios.

El resto del capítulo está dedicado a la Ley de la ofrenda por el pecado. El versículo 25 muestra lo estrechamente relacionado que estaba con el holocausto, y es precisamente porque hacía clara referencia al pecado por lo que se destaca especialmente su santidad. Ambas ofrendas encontraron su cumplimiento en la muerte sacrificial de Cristo, pero el holocausto simbolizaba el aspecto divino, más relacionado con la propiciación, mientras que la ofrenda por el pecado simbolizaba el aspecto humano, relacionado con la redención.

Una parte de la ofrenda por el pecado debía ser consumida por los hombres de las

familias sacerdotales, pero solo en el tabernáculo y su patio, y no en sus casas. Sin embargo, había una excepción a esta regla. Si la sangre se había llevado al lugar santo para la reconciliación, como era el caso cuando el propio sacerdote había pecado o cuando toda la congregación estaba implicada en el pecado, entonces no se debía consumir nada. El cuerpo del animal debía ser quemado fuera del campamento, como vimos en el capítulo 4. En los casos normales, los sacerdotes comían, lo que hoy nos puede recordar que, aunque el pecado lo cometa otra persona, el santo en su condición sacerdotal puede asumirlo, al tiempo que ayuda al otro. Encontramos algo en este sentido cuando leemos [Gálatas 6:1-2](#).

[Levítico 7:1-7](#) relata la Ley de la ofrenda por la culpa, que es la misma que para la ofrenda por el pecado. Como dice el versículo 7, «una misma ley tendrán». En los versículos 8-10, tenemos un detalle adicional, primero con respecto a la piel del holocausto, que debía destinarse al sacerdote que ofrecía el sacrificio, quien estaba autorizado a tomar las partes externas del sacrificio, cuyas partes internas estaban destinadas íntegramente a Dios. Podemos aplicar esto recordando que, aunque se nos permite compartir el dulce olor de la muerte de Cristo, solo tocamos el exterior. La excelencia interior, tal y como la conoce Dios, siempre debe estar más allá de nuestro alcance.

A continuación, todas las ofrendas de carne que quedaban para el consumo de los sacerdotes, si se cocinaban al horno o se freían, debían ser la parte del sacerdote que ofrecía el sacrificio. Si se mezclaban con aceite y se secaban, debían repartirse a partes iguales entre todos los hijos de Aarón. Así, se hacía una distinción entre los sacerdotes que eran pasivos en un asunto determinado y el sacerdote que era activo. Todos los creyentes son sacerdotes, pero no todos los sacerdotes están en acción.

La Ley de la ofrenda de paz se extiende desde el versículo 11 hasta el 34. El orden de las ofrendas se modifica, y esta viene en último lugar, supuestamente porque, mientras que en los demás casos solo participaban los sacerdotes, aquí la persona común que traía la ofrenda tenía derecho a recibir una parte. Se podía traer una ofrenda de paz en acción de gracias (v. 12) o en relación con un voto o una ofrenda voluntaria (v. 16) y, en este último caso, el tiempo para comerla se prolongaba a 2 días. Había una parte para Dios, una parte para el sacerdote y una parte para el que ofrecía, pero la comunión basada en una ofrenda voluntaria dura más tiempo que la basada en el agradecimiento por un bien recibido.

Aquí también se destaca la santidad de la ofrenda. El que participa en ella debe ser

puro, y lo que come debe estar libre de toda contaminación. Esto nos recuerda que debemos ser puros no solo en nosotros mismos, sino también en nuestros caminos y relaciones. Sin ello, no es posible la comunión con Dios. A este respecto, también se nos dice que la grasa y la sangre estaban prohibidas. La vida y la excelencia de las víctimas estaban totalmente consagradas a Jehová.

La parte especial del sacerdote oficiante era la paletilla derecha de la víctima. El pecho que se agitaba ante Jehová también era parte de los sacerdotes. Encontramos una alusión a esto en [1 Corintios 10:18](#). Incluso en Israel, los que comían los sacrificios estaban identificados con el altar. Esto imponía inmediatamente una pureza especial a la persona y a los modales de la persona común que participaba en ello, como acabamos de ver, y los sacerdotes eran consagrados a Dios toda su vida. Hoy en día, todo verdadero creyente es un sacerdote y nunca debe olvidar que está identificado con Cristo, que murió.

Los pocos versículos que cierran el capítulo resumen los puntos que hemos examinado brevemente y subrayan el hecho de que, aunque muchos de los detalles expuestos pueden parecer insignificantes a primera vista, no dejan de ser para Moisés como Jehová le mandó [...] el día en que ordenó a los hijos de Israel que ofrecieran sus ofrendas. Del mismo modo, podemos leer [1 Corintios 12 - 14](#) y pensar que algunas de las instrucciones dadas por Pablo sobre el orden de las reuniones de la Iglesia de Dios son bastante insignificantes, pero no pasemos por alto el versículo 37 del capítulo 14. Los «mandamientos del Señor» transmitidos por el apóstol Pablo no son menos vinculantes que los mandamientos de Jehová transmitidos por Moisés, aunque ahora estemos bajo la gracia y no bajo la Ley.

[Levítico 8](#) relata cómo el propio Moisés actuó en total obediencia al mandato divino cuando se trató de la consagración de Aarón y de sus hijos. Ya hemos visto cómo debía hacerse todo cuando leímos [Éxodo 29](#), ahora podemos ver con qué cuidado obedeció Moisés, de modo que recibió la siguiente alabanza: «Mi siervo Moisés [...] es fiel en toda mi casa» ([Núm. 12:7](#)). Así, durante la consagración de Aarón y sus hijos, se hizo el baño completo (v. 6), símbolo del nuevo nacimiento; luego se aplicó la sangre del sacrificio (v. 23 y 24), símbolo de la sangre redentora de Cristo; y finalmente se aplicó el aceite (v. 30), símbolo del don del Espíritu Santo. Hoy en día, nadie se convierte en sacerdote a menos que haya experimentado una transformación interior –el nuevo nacimiento– haya conocido la eficacia de la sangre de Cristo derramada por él y haya recibido el don del Espíritu Santo que le ha sido concedido.

Pero observamos, por supuesto, que, tal y como se había ordenado, Aarón no solo

recibió una aspersión de aceite de unción, sino que este fue derramado sobre su cabeza (v. 12). Aquí representa un tipo de nuestro Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo, que no necesitaba la aplicación de la sangre, sino que fue ungido con el Espíritu en su perfección solitaria. Encontramos una alusión a esto en el [Salmo 133:2](#), donde la unidad de los hermanos, tan buena y agradable, se compara con «el aceite» o con el aceite que fue derramado tan abundantemente sobre la cabeza de Aarón que corrió por su barba y sus vestiduras hasta el borde de estas. El derramamiento del Espíritu sobre la Iglesia hoy y el que marcará el mundo venidero, según [Joel 2:28](#), son ambos de la naturaleza de un desbordamiento de nuestro Sumo Sacerdote en los cielos.

En nuestro capítulo, también aprendemos que Moisés aplicó tanto sangre como aceite al tabernáculo, al altar y a otros vasos del santuario, lo cual se menciona en [Hebreos 9:21](#), en lo que respecta a la sangre. Esto muestra que todo este sistema terrenal se sostenía ante Dios sobre esta base. Para nosotros, esto simbolizaba que la cruz de Cristo, asociada con el don del Espíritu, constituye el fundamento de todas nuestras bendiciones. Pero a lo largo de este capítulo, no solo se habla de la sangre derramada, sino también de la sangre aplicada. Y esto, no solo sobre el tabernáculo y sus utensilios, sino también sobre las personas de los sacerdotes: oreja derecha, mano derecha, pie derecho. El orden es significativo. Por la oreja, oímos la Palabra de Dios. Por la mano y el pie, actuamos y caminamos según lo que oímos. Los movimientos del sacerdote deben estar controlados por lo que oye.

Al final de este capítulo (v. 31-36), vemos que Moisés, que era el mediador de este sistema terrenal, instruyó cuidadosamente a Aarón y a sus hijos sobre los 7 días siguientes a su consagración. Debían comer la carne del carnero de consagración, como se había indicado claramente en [Éxodo 29](#), y también debían permanecer en el tabernáculo y su patio durante los 7 días, hasta que se cumpliera la expiación por ellos mismos y por todo el sistema. De esta manera, se les impondrían los requisitos de la santidad de Dios.

Una vez cumplido todo esto según la orden de Dios, llegó el octavo día, que resultó ser una ocasión muy especial. De esto trata [Levítico 9](#). Todo sigue bajo la dirección de Moisés, pero, una vez instalado, Aarón es ahora el protagonista. Tenía que ofrecer primero por sí mismo y luego por el pueblo, y cabe señalar que en los versículos 2 y 3 se menciona la ofrenda por el pecado antes que el holocausto. Al principio del libro, el holocausto venía primero y las ofrendas por el pecado y la culpa venían al final, simbolizando a Cristo y su sacrificio tal y como lo veía Dios. Pero aquí se simboliza la aplicación a nosotros, y mientras nuestros pecados no estén resueltos, no podemos presentar nada a Dios. Por eso, la ofrenda por el pecado debe venir

necesariamente primero, y las demás la siguen.

## 4 - Levítico 10:8 al 15:33

El versículo 8 relata el sacrificio de la ofrenda por el pecado que era para él mismo. Como ahora era el sacerdote ungido y todo el pueblo estaba representado en él, el cadáver de la víctima fue quemado «fuera del campamento» (9:11), de acuerdo con las instrucciones. El versículo 15 relata la ofrenda por el pecado del pueblo, que se trataba “como la primera”, ya que cuando se trataba de todo el pueblo, el procedimiento era el mismo que para el sacerdote ungido.

Los versículos 12 al 14 mencionan el holocausto para él mismo y el versículo 16 el holocausto para el pueblo. A estas ofrendas les seguían ofrendas de carne y ofrendas de paz (v. 17 al 21), pero no se menciona ninguna ofrenda por la culpa, ya que aún no había habido tiempo para que se produjeran casos reales de culpa.

Una vez hecho todo esto, tuvo lugar el gran acontecimiento del octavo día. En primer lugar, el sacerdote recién instalado levantó la mano hacia el pueblo y lo bendijo. A continuación, Moisés y él entraron en el tabernáculo y, al salir, dieron una bendición, pero esta vez a través del mediador y del sacerdote. Independientemente de la naturaleza del pueblo, la actitud de Dios hacia él era de bendición. Cuando leemos los 4 versículos que cierran el Evangelio según Lucas, sentimos inmediatamente cuán maravillosas eran las manos levantadas y la bendición del Señor Jesús, mientras ascendía al cielo para cumplir su obra de Sumo Sacerdote, después de haber cumplido en la tierra la expiación con su sangre.

Pero, en segundo lugar, un acontecimiento aún más grande fue la aparición de la gloria de Jehová ante los ojos de todo el pueblo y, al mismo tiempo, un fuego salió de él y consumió el holocausto sobre el altar. El efecto sobre el pueblo fue instantáneo. Nadie puede permanecer en presencia de la gloria de Dios, porque todos han fallado a esa gloria, como leemos en [Romanos 3:23](#).

Las instrucciones sobre cómo debían ofrecerse los diferentes sacrificios ya nos han sido dadas, pero solo después de la consagración de Aarón leemos que se llevaron a cabo efectivamente. Por lo tanto, podemos decir que, al principio, fue la mano de Dios la que encendió el fuego en el altar para consumir el holocausto, fuego que nunca debía apagarse, como ya hemos visto. Fue el fuego de Dios y no el de los hombres el que consumió el sacrificio, y el significado simbólico de este gesto es

fácil de entender.

Hasta ese momento, la mano del fiel Moisés había presidido todos los acontecimientos del día, pero antes de que se retirara, los 2 hijos mayores de Aarón se sustrajeron a su autoridad y ofrecieron incienso en un «fuego extraño» delante de Jehová. El incienso era correcto, pero el fuego no. Que nosotros sepamos, la única instrucción que se dio al respecto se encuentra en [Éxodo 30:7-8](#), donde el fuego se relaciona con el encendido de las lámparas en el Lugar Santo. Quizás pensaron que, si el incienso era correcto, cualquier fuego serviría para resaltar su aroma. Pero no, el fuego debe ser el de Dios y no el del hombre. Aprendamos de esto que, aunque las palabras que usamos en nuestro culto sean totalmente correctas, si la energía que las anima es carnal, todo es falso. El culto debe ser rendido por el Espíritu de Dios, y debemos decir:

*«Que Tu gracia moldee cada palabra*

*Que llega a Tu santo oído».*

Utilizaron un fuego extraño, y el fuego de Jehová salió y los consumió. Puede que nos parezca un juicio muy severo, pero es evidentemente la forma en que Dios actúa al comienzo de todo nuevo movimiento, para subrayar su santidad de manera severa. Así sucedió con el primer hombre que violó el sábado, con Acán, justo cuando Israel entraba en la tierra, y con Ananías y Safira al comienzo de la Iglesia. Muchas transgresiones similares pudieron haber ocurrido en las respectivas historias sin que se pronunciara tal juicio.

Añadimos la sencilla pero solemne reflexión de que todo lo que se confía a las manos de los hombres se derrumba desde el principio. Así sucedió en el jardín en Edén, luego de nuevo cuando se dio la Ley, en el episodio del becerro de oro, y lo mismo ocurre aquí. Una vez establecido el sacerdocio, el mismo día en que comenzaron a officiar, se produjo el fracaso y Nadab y Abiú murieron, para que Dios fuera santificado ante todo el pueblo. Aunque el pueblo pudiera llorar, la exigencia de Dios sobre los sacerdotes era tal que no les correspondía ningún duelo. Las exigencias de la relación natural quedaron relegadas.

Observamos que en el versículo 8, Jehová se dirige directamente a Aarón y ya no a Moisés como antes. Sin duda, esto se debe a que el tema del que habla solo concierne a los sacerdotes y se refiere al fracaso que acaba de producirse. A los sacerdotes que oficiaban en el santuario se les prohibía consumir vino y cualquier bebida fuerte, ya que estas solo excitan los poderes y los sentimientos naturales de los hombres,

hasta el punto de nublar su memoria y su juicio.

Ahora bien, el sacerdote debía acercarse a Dios ajustándose estrictamente al orden prescrito y no como lo habían hecho Nadab y Abiú. Además, debía distinguir entre lo que es santo y lo que no lo es, entre lo que es puro y lo que es impuro, como dice el versículo 10. También debía enseñar al pueblo todo lo que Dios había ordenado, y para ello era necesario tener la mente clara. El consumo de bebidas fuertes tendería a descalificarlo para todas estas cosas.

La aplicación de esto a nosotros mismos es muy clara. Todos los que han venido al Señor, aunque todavía sea rechazado por los hombres, están constituidos sacerdotes, como aprendemos en **1 Pedro 2:3-4**, y todos debemos estar en una condición sacerdotal correcta. Pero la posición es una cosa, y la condición correspondiente es otra. De ahí esta importante palabra: «No os embriaguéis con vino, en el que hay desenfreno, sino sed llenos del Espíritu» (**Efe. 5:18**). Cuando estamos así llenos, podemos ofrecer el sacrificio de alabanza, como indica el versículo siguiente. El contraste es entre lo que es carnal y lo que es espiritual. Debemos rechazar lo que excita la carne para conocer el poder del Espíritu.

Por supuesto, esto no solo se aplica a nuestra alabanza, sino también a nuestra capacidad de discernimiento espiritual y a nuestra aptitud para enseñar a otros lo que hemos aprendido de Dios acerca de sus obras.

El siguiente párrafo (v. 12-15) muestra con qué cuidado Moisés transmitió a Aarón y a sus hijos restantes las instrucciones relativas al consumo de los restos de la carne y las ofrendas de paz. El último párrafo (v. 16-20) indica que se produjo un nuevo fracaso en la familia sacerdotal. Parte de la ofrenda por el pecado debía ser consumida por los sacerdotes, pero en su lugar fue quemada. Este fracaso se debió a la debilidad humana y no a la obstinación humana, como en el caso de Nadab y Abiú, por lo que no se ejecutó ningún juicio sumario. Hay aquí una lección que aprender.

La debilidad del sacerdocio aarónico se menciona 2 veces en la Epístola a los Hebreos (5:2 y 7:28): eran hombres «rodeados de debilidad». Nuestro Sumo Sacerdote es el Hijo de Dios, que atravesó los cielos, y aunque es perfecto y todopoderoso, se compadece de nuestras debilidades. De ahí el contraste, tan claramente expresado en la Epístola a los Hebreos, ya que todas las debilidades son nuestras y no suyas.

Observamos, pues, que Moisés, actuando en nombre de Dios, se contentó con la confesión de la debilidad de Aarón. Podríamos resumir este capítulo así: «El fuego

extraño», que fue juzgado. «El vino y la sidra», que fueron prohibidos. “La ofrenda por el pecado mal gestionada”, que fue ignorada, ya que era el resultado de la debilidad humana.

Todo el capítulo 11 del Levítico está dedicado a las normas relativas a la alimentación del pueblo, ya se trate de animales, peces, aves o reptiles. A través del sacerdote, el pueblo debía ser instruido sobre lo que debía considerarse puro y lo que era impuro. Entre los animales, solo aquellos que poseían las 2 características siguientes eran puros: rumiar y tener pezuñas hendidas. Los animales que rumian se clasifican como «rumiantes», y «rumiar» ha adquirido el significado secundario de «meditar». Los animales con pezuñas hendidas tienen un paso firme y suelen ser ligeros. Cuando Habacuc escribió: «Jehová Dios [...] hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar» (3:19), parecía referirse a estas 2 ideas. Si la Palabra de Dios está escondida en nuestros corazones por la meditación, y si así influye en nuestra conducta exterior, nuestro camino será puro a los ojos de Dios.

Lo mismo ocurre con los peces: debían tener escamas, que los protegían de las aguas exteriores, y aletas, que les daban la fuerza para impulsarse y la capacidad de nadar contra la corriente. La aplicación espiritual de esto a nosotros mismos es muy evidente.

En general, los reptiles estaban prohibidos, aunque hay algunas excepciones en los versículos 21 y 22. Así, cuando Juan el Bautista se alimentaba de langostas, respetaba estrictamente la Ley.

La última parte del capítulo da reglas sobre cómo las criaturas impuras pueden comunicar la impureza a otras cosas o personas. Aquí tenemos un resumen de lo que se establece claramente en el Nuevo Testamento. Hay una infección o contagio en lo que es malo, por lo que el cristiano debe estar atento a sus relaciones. Pasajes como [1 Corintios 5:11](#), [1 Tesalonicenses 5:22](#), [1 Timoteo 5:22](#) y [2 Timoteo 2:19](#) son muy claros al respecto.

Otra cosa que podemos observar sobre este capítulo: estas distinciones no se hacían en la época de Noé (vean [Gén. 9:2-3](#)). Creemos que este hecho es el origen de la declaración de Pablo: «Nada es inmundado en sí mismo» ([Rom. 14:14](#)); y también: «Todo es lícito» ([1 Cor. 10:23](#)). En la época de Noé, todos los hombres estaban afectados. En la época de Moisés, solo Israel estaba afectado, y estas leyes especiales tenían por objeto, por una parte, hacerles comprender la santidad de Dios y, por otra, ayudarles a distinguirse y separarse de las naciones. El primer concilio de Jerusalén reconoció esta distinción, como vemos en [Hechos 15:19-21](#).

Así, aunque vemos en este capítulo una instrucción espiritual que aceptamos de buen grado, sabemos que vivimos en una dispensación en la que no debemos «llamar inmundo o impuro a ningún hombre» (**Hec. 10:28**), en lo que respecta al Evangelio. Esta es la lección que Pedro aprendió de la visión del gran lienzo que descendía del cielo, en el que había todo tipo de criaturas. Todas estaban envueltas en el lienzo y, purificadas por Dios, todas fueron llevadas al cielo.

**Levítico 12** es breve, pero su tema muestra que el pecado, habiendo entrado en el mundo, extiende su poder contaminante hasta los inicios de la vida humana. El niño y la madre eran impuros y debían ser purificados. Si se trataba de un niño varón, la purificación se completaba con la circuncisión al octavo día, y el significado de este rito en el Nuevo Testamento es despojarse «del cuerpo carnal», como está escrito en **Colosenses 2:11**, es decir, el rechazo de la carne como condenada en la cruz de Cristo. Cuando nacía una niña, el período de impureza de la madre era 2 veces más largo que cuando nacía un niño, recordando así que el pecado entró en el mundo por Eva. Pero, ya fuera un hijo o una hija, las ofrendas para la purificación eran las mismas: se debía ofrecer un holocausto y una ofrenda por el pecado. En caso de pobreza, se podía ofrecer una ofrenda tan modesta como 2 palomas.

Cuando nos fijamos en el relato del nacimiento de nuestro Señor, tal y como se narra en **Lucas 2**, observamos que María llevó esta ofrenda mínima, lo que da testimonio de la pobreza de José y de ella misma. También observamos que nuestro Señor fue circuncidado al octavo día, de acuerdo con la Ley, aunque no había en él ninguna carne pecaminosa que «rechazar». Esto se corresponde con el hecho de que fue bautizado por Juan, cumpliendo así toda justicia, aunque no tenía ningún pecado que confesar, a diferencia del pueblo. Esto también concuerda con el hecho de que fue llevado a Egipto, de modo que, al repasar la historia de Israel, se podría decir de él: «De Egipto llamé a mi hijo» (**Mat. 2:15**).

El capítulo 13 del Levítico es largo en comparación con el capítulo 12. Esto se explica fácilmente si se tiene en cuenta que uno trata de la impureza que marca el comienzo de la vida del hombre, mientras que el otro trata del funcionamiento y el desarrollo de esa impureza a lo largo de su vida, con gran variedad de detalles. No hay duda de que la lepra es un tipo de pecado tan llamativo como el que nos presenta la Biblia. Las instrucciones de este capítulo se dan a Aarón y a Moisés, ya que la detección y el tratamiento de la lepra eran competencia específica del sacerdote. Cabe señalar que la lepra, como tipo, no hace hincapié tanto en la culpa del pecado como en su poder corruptor y contaminante.

Gran parte del capítulo está dedicado a las instrucciones dadas al sacerdote, que le permiten diagnosticar el caso y determinar si el enfermo padece lepra o no. Si se confirmaba la lepra, el hombre debía ser declarado impuro. Si solo se detectaba un problema cutáneo o una inflamación, el hombre debía ser declarado puro.

Se contempla una posibilidad notable, como vemos en los versículos 12 y 13, y de nuevo en el versículo 17: si la enfermedad se manifestaba completamente en la superficie, de modo que la carne estaba blanca y cubierta, y por lo tanto era imposible que se propagara más, el hombre debía ser declarado puro. Esto podía parecer una regla notable en la época de Aarón, pero su significado típico para nosotros es simple y sorprendente. El pecado contamina mientras actúa bajo la superficie, pero cuando se revela completamente mediante una confesión honesta y completa por parte del pecador, deja de contaminar. Al confesarse, el pecador se juzgó a sí mismo y se rompió el poder de propagación y contaminación de su pecado.

Salvo en este caso excepcional, el pobre leproso debía vivir solo, fuera del campamento. Debía marcarse con un signo especial y declarar continuamente su impureza, para que los demás no se contaminaran con él.

En la última parte de este capítulo, vemos que la lepra también podía manifestarse en las prendas de lana, lino o piel, en cuyo caso el artículo debía ser destruido por el fuego. Por lo tanto, la lepra podía afectar al entorno de los hombres y no solo a su cuerpo. Una vez más, había que asegurarse de que el problema era realmente la lepra. Podría tratarse de una impureza de otra naturaleza, que debía tratarse de manera diferente para que no se destruyera toda la prenda. Las instrucciones que encontramos en [Judas 22 y 23](#) nos dan, en términos neotestamentarios, el equivalente a esto. De hecho, es posible que la última cláusula del versículo 23 haga alusión a los versículos que estamos examinando. Bajo la Ley mosaica, los sacerdotes debían actuar con prudencia y discernimiento, y la gracia no exige menos discernimiento. Sin duda, sería mucho más fácil tener una regla rígida aplicable a todos los casos, que eliminara cualquier ejercicio del espíritu en cuanto a la forma de tratar las cosas, pero esa no es la manera de Dios.

Cabe señalar que el sacerdote disponía de cierto tiempo para establecer su diagnóstico. La prenda se apartaba durante 7 días y, si no aparecía ningún signo evidente, se lavaba y se volvía a apartar durante otros 7 días, tras los cuales se revelaba la verdadera naturaleza del problema. Si el problema no era la lepra, solo había que rasgar la parte afectada; si se trataba de lepra, todo debía ser destruido por el fuego. En el Nuevo Testamento, las prendas de vestir se utilizan de manera figurativa para ex-

presar nuestras asociaciones y nuestro entorno –vean, [Apocalipsis 3:4; 7:14; 16:15](#)– y esto nos ayuda a ver una aplicación de estas instrucciones a nosotros mismos.

La prenda leprosa debía ser destruida. El hombre leproso debía vivir fuera del campamento y solo podía ser readmitido si estaba purificado. Su purificación era un proceso complejo que ocupa todo el capítulo 14 del Levítico, hasta el versículo 33, donde se habla de una plaga similar en una casa. Las ceremonias relacionadas con su purificación se dividen en 2 partes: en primer lugar, las que tenían lugar fuera del campamento, detalladas en los versículos 3 al 8; en segundo lugar, las que tenían lugar el séptimo y octavo día después de su entrada en el campamento.

Cabe señalar que las ceremonias no purificaban al leproso, sino que solo comenzaban cuando estaba completamente claro que estaba purificado. La curación prevista es un acto de Dios, que tuvo lugar mientras el leproso aún estaba fuera del campamento. El sacerdote debía salir del campamento e inspeccionarlo, y si estaba purificado, era responsabilidad del sacerdote declararlo puro y luego hacer la ceremonia prescrita, que simbolizaba el fundamento y la base de su purificación. En las 2 aves, una muerta y otra liberada, vemos la muerte y resurrección de Cristo.

Puede parecer extraño que una de las aves deba ser «degollará... en una vasija de barro sobre aguas corrientes», pero a la luz del uso en el Nuevo Testamento de las expresiones «recipiente de barro» y «agua corriente» o «agua viva», comenzamos a discernir su significado. Vemos vagamente prefigurada la encarnación como preliminar necesario para el derramamiento de la sangre de nuestro Señor, así como el hecho de que su ofrenda a Dios fue en el poder del Espíritu eterno.

A continuación, el ave que fue liberada fue primero mojada en la sangre del ave muerta, identificándose así con ella. Se necesitaban 2 aves en el tipo para representar a Cristo en la muerte y en la resurrección. Cuando el ave liberada se elevaba a los cielos, llevaba la sangre no al santuario, sino a los cielos. Esa era la base de todo lo que seguía.

Pero la sangre no solo debía ser derramada y luego llevada a los cielos de Dios, sino que también debía ser aplicada al leproso purificado. Se rociaba 7 veces sobre él, es decir, se aplicaba de manera completa y total. Era entonces y solo entonces, el leproso purificado era declarado puro. Aquí nuevamente, observamos un tipo importante, que corresponde a lo que vimos en [Éxodo 12](#). La sangre debe estar aplicada tanto como derramada. La preciosa sangre de Jesús ciertamente fue “derramada en el Calvario”, pero para compartir sus beneficios, cada uno de nosotros debe poder decir: “derramada por mí”.

Obsérvese también que la madera de cedro, el carmesí y el hisopo debían ser mojados en la sangre del ave muerta. El cedro es el más majestuoso de los árboles, el hisopo es la más humilde de las hierbas, y el carmesí simboliza la gloria de los hombres. La muerte de Cristo mancilló el orgullo de toda la gloria humana y de todo lo que es natural en esta primera creación, desde las cosas más grandes hasta las más pequeñas.

Una vez de vuelta en el campamento, el leproso purificado debía permanecer fuera de su tienda durante 7 días, y luego debía deshacerse del vello que le caracterizaba naturalmente y lavarse cuidadosamente, así como su ropa. El octavo día se sometía a otras ceremonias, muy similares a las que inauguraban a los sacerdotes. Se presentaban a Dios ofrendas de todo tipo, excepto la ofrenda de paz, y luego se aplicaba sangre y aceite al leproso, en su oreja derecha, su mano derecha y su pie derecho. Comprendimos el significado de este ritual al leer [Levítico 8](#).

Nos parece notable que el leproso purificado recibiera un trato tan similar al de los sacerdotes, aunque no era sacerdote. Este tipo parece diseñado para «manifestar toda misericordia», por usar la expresión de Pablo. Vemos a Pablo elevado de la lepra de ser «blasfemo, perseguidor e injuriador» a la abundancia extrema de «la gracia de nuestro Señor» (1 Tim. 1:13-16). Aquí vemos a un leproso repugnante purificado y llevado al campamento casi como si fuera un sacerdote.

Desde el versículo 33 hasta el final del capítulo, tenemos la Ley relativa a la lepra en una casa, que se aplicaría cuando entraran en el país. Una vez más, observamos que hay que tener mucho cuidado para asegurarse de que el problema es realmente la lepra, y si el mal puede detenerse mediante la extirpación de las partes afectadas, tanto mejor. De lo contrario, toda la casa debía ser demolida y los escombros depositados en un lugar impuro fuera de la ciudad. Una vez purificada, el procedimiento era muy similar al aplicable a las personas.

No hay ninguna mención en las Escrituras de casos de lepra en una casa, pero estas instrucciones aparecen en las Escrituras y constituyen una advertencia para nosotros. La Iglesia de hoy es «la Casa de Dios» y, en su carácter externo, puede estar corrompida. Por eso leemos que «el juicio... debe comenzar por la Casa de Dios» (1 Pe. 4:17), y en [Apocalipsis 2](#) y [3](#) vemos a las iglesias de Asia examinadas por el Señor, con el resultado de la amenaza de destrucción, incluso de rechazo total.

Los capítulos 13 y 14 tratan de la peor forma de contaminación, la que generalmente duraba toda la vida y conllevaba la exclusión total del campamento de Israel, en medio del cual Dios se complacía en habitar. [Levítico 15](#) trata de una variedad de

impurezas menos graves, que conllevaban una separación temporal y abluciones diligentes antes de que fuera posible la readmisión en el campamento y sus privilegios. Estas impurezas provenían de la debilidad de la naturaleza humana y de las condiciones tal y como existen hoy en día, como consecuencia de la caída. Muchas de ellas eran inevitables, pero debían reconocerse como impuras y tratarse como tales. Así, Israel debía quedar impresionado por la santidad de su Dios y comprender que todo lo que era impuro debía eliminarse para poder disfrutar de su presencia.

Haríamos bien en recordar que la caída ha producido en nosotros muchas debilidades que afectan tanto a nuestra mente como a nuestro cuerpo. Por ejemplo, muchos de nosotros debemos decir con tristeza lo que un verdadero siervo de Dios escribió en el pasado:

*«Sin embargo, Señor, ¡ay! Qué debilidad  
Encuentro en mí mismo,  
Ningún niño cambia tan a menudo de placer  
Como mi mente errante».*

Es debido a esta debilidad, que se siente aún más cuando el creyente está marcado por la espiritualidad del espíritu, que la impureza se contrae con tanta facilidad y que, por lo tanto, el «lavado de pies» del que habla [Juan 13:12-15](#) es tan necesario para todos nosotros.

## 5 - Levítico 16:1 al 22:33

Las primeras palabras del capítulo 16 nos llevan de vuelta a los primeros versículos de [Levítico 10](#), donde se relata el pecado de Nadab y Abiú. Algunas consecuencias derivadas de este pecado se mencionan en el resto del capítulo 10, pero ahora vemos que proporcionó la oportunidad de revelar el ritual del día anual de la expiación. El versículo 29 de nuestro capítulo muestra que ese era el procedimiento que debía observarse ese día, y descubriremos cómo encajaba en la sucesión de fiestas que llenaban el año de Israel cuando lleguemos a [Levítico 23:26-32](#). Por ahora, nos limitaremos a lo que contiene este capítulo, considerándolo de 2 maneras.

En *primer* lugar, tenemos un tipo de eficacia que, en su momento, se encontraba en «la ofrenda del cuerpo de Jesucristo [hecha] una vez por todas» ([Hebr. 10:10](#)). En el tipo, se necesitaban 2 animales, cada uno sometido a un tratamiento diferente, para resaltar los 2 aspectos de la muerte de Cristo, que debemos distinguir cuidado-

samente. Sin embargo, cuando nos dirigimos a la Epístola a los Hebreos y leemos la última parte de [Levítico 9](#) y el comienzo de [Levítico 10](#), encontramos la palabra «una vez» o «uno» utilizada nada menos que 6 veces en referencia al sacrificio antitípico, que era único por naturaleza y ofrecido de una vez por todas. Así como se necesitaban 2 hombres –Moisés y Aarón, apóstol y sacerdote– para simbolizar la excelencia y la función de Cristo en persona, se necesitaban 2 machos cabríos para simbolizar la excelencia de su obra.

Los detalles relativos a los 2 machos cabríos se nos dan en los versículos 7 al 10, y luego de nuevo en los versículos 15 al 22. El *primero* que había sido elegido por el Señor debía ser sacrificado y su sangre llevada detrás del velo y derramada 7 veces sobre el propiciatorio; Aarón estaba envuelto en una nube de incienso mientras realizaba este gesto. He aquí, pues, un tipo de Cristo entrando en el cielo mismo, después de haber obtenido la redención eterna. Entró de una vez por todas en la fragancia de su propia perfección, y «por su propia sangre», como nos dice [Hebreos 9:12](#).

La sangre rociada una sola vez sobre el propiciatorio pone de relieve el valor propiciatorio y la perfección ante Dios de la sangre de Cristo, cuya virtud reside en la infinitad y la eternidad de la Persona que la derramó. Los querubines estaban colocados de manera que contemplaran la sangre del propiciatorio, y lo hacían con complacencia, porque, típicamente, las reclamaciones de Dios sobre los pecados de Israel durante el año transcurrido habían sido satisfechas. Mientras que en el tipo tenemos lo que es limitado y temporal, en el antitipo tenemos lo que es infinito y eterno.

La sangre rociada 7 veces delante del propiciatorio pone de relieve la perfección del sacrificio en su aplicación a los hombres. Es un hecho glorioso que el valor redentor de la obra de Cristo se manifestará de diversas maneras. Nosotros, que somos la Iglesia hoy, conocemos su valor propiciatorio, porque ha satisfecho las reclamaciones divinas contra nosotros. Pero lo mismo ocurrirá con el Israel restaurado, con las naciones que serán bendecidas durante el Milenio y con el estado eterno que se encuentra más allá. Pero tanto si consideramos la sangre rociada una sola vez como 7 veces, todo apunta a la eficacia propiciatoria de la sangre de Cristo, es decir, su valor para satisfacer todas las justas exigencias del trono de Dios.

El *segundo* macho cabrío era tratado de una manera completamente diferente. La suerte recayó sobre el primer macho cabrío «para Jehová». El otro era el «macho cabrío expiatorio», o más literalmente, un «macho cabrío a Azazel» (vean 16:9-10).

Aarón debía poner sus manos sobre su cabeza, confesar sobre él los pecados y las transgresiones del pueblo, ponerlos todos sobre su cabeza y luego enviarlo a una tierra deshabitada por la mano de un hombre adecuado. Aquí vemos un tipo no de propiciación, sino de sustitución, nuestro lado de la cuestión en lugar del de Dios. La palabra “sustituto” no aparece en la Biblia, pero su significado está presente y aparece claramente por primera vez cuando leemos que Abraham ofreció el carnero «en lugar de su hijo» ([Gén. 22:13](#)). Aquí, los pecados del pueblo, con su peso condenatorio, fueron colocados sobre la cabeza del macho cabrío en lugar de recaer sobre ellos mismos. Sus pecados fueron típicamente llevados por su sustituto.

Cuando nos fijamos en el antitipo, la misma verdad nos aparece en la predicción del profeta: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas... mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» ([Is. 53:6](#)). En este gran versículo, hay 2 cosas que nos llaman la atención. En primer lugar, se habla de «todos nosotros» y «de todos nosotros». ¿Quiénes son estos «nosotros» y estos «nosotros»? El pueblo de Dios que confiesa sus pecados y cree en el sustituto. Es exactamente eso, porque si la obra propiciatoria de Cristo abre la puerta de la justicia a todos los que lo desean, su efecto sustitutivo se limita a los creyentes.

Pero, además, es Jehová mismo quien ha puesto nuestros pecados sobre el sustituto. Sin duda, Aarón confesó y depositó sobre la cabeza del macho cabrío todo lo que sabía y recordaba de las transgresiones del pueblo, pero ¿cómo podría haberlos confesado todos? Un conocido himno dice: “*Pongo mis pecados sobre Jesús*”, pero podemos estar agradecidos de no tener que hacerlo nosotros mismos. Esto se ha cumplido por un acto de Dios y, por lo tanto, se ha realizado perfectamente.

Pero ahora, después de haber considerado brevemente este capítulo como un tipo, observemos *en segundo lugar* los contrastes que presenta. El segundo versículo indica lo que se declara en [Hebreos 9:8-9](#), a saber, que «el camino del Lugar Santísimo aún no había sido manifestado». Además, el versículo 4 muestra que Aarón ya no podía llevar sus vestiduras “para gloria y hermosura”. El sacerdocio había fracasado y, por lo tanto, debía entrar vestido con ropas sagradas de lino común. El Lugar Santísimo estaba cerrado a todos, excepto a este único hombre, en esta ocasión especial que solo tenía lugar una vez al año. Qué contraste con nuestro Señor, que entró en el verdadero Lugar Santísimo, el cielo mismo, en virtud del valor de su propia sangre, y que permanece allí eternamente, «coronado de gloria y honra» ([Hebr. 2:7, 9](#)).

Además, Aarón debía ofrecer primero el toro por sí mismo y por su casa, porque, como señala [Hebreos 5:1-3](#), estaba rodeado de debilidad y, por lo tanto, debía ofrecer

un sacrificio por sus propios pecados. Nuestro Sumo Sacerdote es «santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y elevado por encima de los cielos» ([Hebr. 7:26](#)).

Además, estos procedimientos no eran definitivos. Debían hacerse cada año el décimo día del mes, aunque creemos que no hay rastro en el resto de las Escrituras de su observancia en Israel. Año tras año, debían recordar al pueblo sus pecados y ofrecerle una expiación simbólica de ellos, así como una purificación del santuario y de su sistema religioso terrenal. Así, al recordar sus pecados, ese día debía ser un día de aflicción, duelo y cese del trabajo. De esta manera, Israel comprendía que sus obras no tenían cabida en la obra de expiación.

Una vez más, podemos observar el contraste mencionado en [Hebreos 10:1-4](#). En estos sacrificios, cada año se recordaban los pecados, ya que no era posible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quitara los pecados. Lo que sucedió fue que, en su paciencia, Dios «pasó por alto» ([Rom. 3:25](#)) los pecados cometidos antes de la muerte de Cristo. Por eso, la palabra que se utiliza con frecuencia en el Antiguo Testamento es «expiación», cuyo significado literal es «cobertura».

Por el contrario, leemos en [Hebreos 10:18](#) que «donde hay perdón de estas cosas, no hay más ofrenda por el pecado». La palabra «remisión» significa «destierro», y no simplemente «cobertura». Así, en el Antiguo Testamento encontramos una cobertura provisional del pecado en la paciencia de Dios, a la espera del destierro completo del pecado, que solo se cumplió con la muerte y resurrección de Cristo.

Así, en [Levítico 16](#), tenemos una ilustración llamativa del hecho de que la Ley era solo la sombra de las cosas buenas por venir, y no la imagen misma de esas cosas, y que, por lo tanto, esos sacrificios anuales no podían «perfeccionar a los que se acercan con los mismos sacrificios» ([Hebr. 10:1](#)). ¿Alguna vez hemos dado gracias a Dios como es debido por estar en la privilegiada posición de haber sido purificados de una vez por todas y, por lo tanto, no ser conscientes de nuestros pecados?

El capítulo 17 nos ofrece una especie de apéndice a todo esto, advirtiendo contra los abusos que podrían introducirse fácilmente. Si se ofrecían sacrificios, el animal debía presentarse a la puerta del tabernáculo y no matarse en otra parte del campamento o fuera de él, en campo abierto. La mala práctica contra la que se advertía se revela en el versículo 7, que también revela que el pueblo ya había sido infectado por la idolatría. Quizás recordemos cómo Esteban, en su discurso ([Hec. 7:42-43](#)), acusó al pueblo de idolatría, incluso en el desierto. Esto muestra cuán necesaria era la prohibición expresada en los versículos 1 al 9, y cómo algunos la ignoraban,

aunque tal vez no de manera pública. En 17:7, se dice claramente: «Nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios»; y el hecho de que los «demonios», o más exactamente los “espíritus malignos”, fueran los destinatarios de estos sacrificios lo corrobora Pablo en [1 Corintios 10:20](#).

El resto de [Levítico 17](#) está dedicado a las normas relativas a la alimentación. La sangre, ya fuera de animal o de ave, no debía consumirse, ya que representa la vida de la criatura, y la vida pertenece a Dios. Esta Ley aplicaba especialmente a Israel lo que se había establecido en la época de Noé después del Diluvio, como se relata en [Génesis 9:4](#). Así, cuando los apóstoles y los ancianos dieron esta orden a los creyentes paganos, como se relata en [Hechos 15:20](#) y [29](#), no les imponían simplemente un elemento de la Ley de Moisés, sino más bien una prohibición que se aplica a la humanidad en general. Hacemos bien en respetarla, aunque no necesitamos observar los escrúpulos extremos de los judíos, como muestra la instrucción de [1 Corintios 10:25](#).

En el versículo 11 se menciona un hecho importante. La vida de la carne está en la sangre, pero la expiación solo se hacía cuando la sangre se derramaba «sobre el altar». La sangre en las venas del animal vivo no tenía ningún efecto. Hombres que se dicen maestros cristianos han tomado las palabras «la vida de la carne en la sangre está» y han tratado de demostrar a partir de ellas que la sangre de Cristo significa la vida de Cristo, y que es realmente su maravillosa vida la que opera la salvación. Pero solo profieren esta falsedad ignorando lo que dice este versículo. No fue la sangre del animal vivo la que hizo la expiación en el tipo. Fue únicamente la sangre «sobre el altar».

Los tres capítulos siguientes –18, 19 y 20– son en muchos aspectos terribles de leer, pero si se leen con calma, en presencia de Dios, pueden tener un efecto saludable en nosotros. Nos enfrentamos, especialmente en los capítulos 18 y 20, a una gran profundidad de depravación, y es solemne y conmovedor comprender que tenemos en nosotros esa naturaleza carnal caída que es capaz de tales cosas. Los pecados particularmente graves se refieren en gran medida a la naturaleza sexual de la humanidad, y hoy en día es perfectamente evidente que los pecados de esta naturaleza son la causa de gran parte de la depravación y la criminalidad que invaden todos los países.

Los primeros versículos de [Levítico 18](#) muestran que Jehová miraba retrospectivamente a Egipto y prospectivamente a Canaán. Ambos países estaban sumidos en una idolatría muy degradante, por lo que Israel estuvo expuesto a esta infección

antes y después de su viaje por el desierto. No debían seguir el mal, sino respetar los estatutos y juicios de Dios, y al hacerlo, debían vivir en ellos. Esta es la declaración que el apóstol cita en *Gálatas 3:12*. Esta acción no era «de fe», y la obediencia no garantizaba el paraíso, sino la continuación de la vida en la tierra.

*Levítico 19* contiene varios estatutos, muchos de los cuales tenían por objeto regular las relaciones del hombre con su prójimo, al tiempo que manifestaban el pensamiento misericordioso de Dios hacia aquellos que no podían protegerse fácilmente a sí mismos. En todo ello, Jehová afirmaba la gloria de su nombre y manifestaba sus propios derechos. Lo vemos en versículos como el 4, el 12, el 21, el 26, el 30 y el 37.

Al mismo tiempo, nos alegramos de la atención prestada a los pobres y a los extranjeros, manifestada en los versículos 9 y 10. Si Booz no hubiera respetado esta norma, el libro de Rut nunca se habría escrito. Una vez más, el siervo asalariado está protegido en el versículo 13, y los sordos y los ciegos en el versículo 14. Hacia el final del capítulo, se pide honrar a los ancianos, aunque estén debilitados, y se protege especialmente a los extranjeros. Todo esto muestra la bondad de Dios.

En la mitad del capítulo 19, se prohíben lo que podríamos llamar los pecados y los errores sociales. Es bueno que observemos estas cosas, ya que no son desconocidas en los círculos cristianos. Queremos destacar especialmente el versículo 16. ¿Quién puede estimar los disturbios y las aflicciones causados por los calumniadores entre los santos de Dios? Esto está relacionado aquí con oponerse a la «sangre» o a la «vida» de su prójimo. Hasta ese punto puede llegar la calumnia. Pero fíjense en el versículo siguiente. Debemos reprender a nuestro prójimo y no tolerar el pecado en él. La instrucción es clara: si discernen el mal o el pecado en su hermano, vayan a verle directamente para hablar con él, y no hablen de él a sus espaldas. Si nosotros, los cristianos, actuáramos así, ¡cuánto bien se haría y cuánto mal se evitaría!

*Levítico 20* comienza con advertencias contra la idolatría, la misma de la que Esteban tuvo que acusar al pueblo, como hemos visto, y el versículo 6 añade a ello una advertencia contra la práctica del espiritismo, que, lamentablemente, se ha vuelto tan común en nuestros días. A continuación, hay versículos que indican que, si no santificamos al Señor en nuestros corazones, no respetaremos las relaciones naturales que Dios ha establecido, ya sea con los padres, como en el versículo 9, o con otras personas, como en los versículos 10 al 17.

Esta idea se refuerza en los últimos versículos del capítulo. Se dieron numerosas leyes para que Israel pudiera ser totalmente diferente de las naciones corruptas en cuyo territorio se iba a establecer. Se subraya enérgicamente la santidad de Dios, y

es notable cuántas veces se repiten las palabras «Yo soy Jehová, vuestro Dios» (18:2, 4, 30; etc.). El versículo 27 deja claro que los terribles males prohibidos se habían introducido ampliamente entre las naciones mediante las prácticas espiritistas, es decir, el comercio con los demonios.

**Levítico 21** contiene instrucciones especiales para los sacerdotes, no solo para ellos mismos, sino también para sus familias. Se imponía una santidad especial en sus costumbres y en su persona. Al leer este capítulo, percibimos lo grave que era el pecado de Elí, ya que no reprendió a sus hijos en sus malos caminos. Las normas eran aún más estrictas para el Sumo Sacerdote, como se muestra en los versículos 10 al 15. Así, cuando Caifás rasgó sus vestiduras, como relata [Mateo 26:65](#), infringió claramente el mandamiento del versículo 10. Algunos estudiosos han afirmado que todas las normas de justicia posibles, tanto divinas como humanas, fueron infringidas durante la condena de nuestro Señor.

Lo que se prescribe en los versículos 16 al 24 es muy llamativo. A todo hombre de la familia sacerdotal que fuera deforme o tuviera algún defecto se le prohibía el acceso al santuario y no podía ejercer sus funciones, pero no se le debía privar de la comida sacerdotal. Debía comer «el pan de su Dios», aunque no pudiera ofrecer «el pan de su Dios» (vean 21:17, 21). Hoy en día, todos los verdaderos cristianos son sacerdotes, y no podemos evitar pensar que existe un paralelismo. Puede haber personas que, debido a un grave defecto público, estén excluidas de toda actividad pública, ya sea en el culto o en el servicio, pero tienen el mismo derecho a participar en lo que constituye el alimento espiritual de la familia sacerdotal que sus hermanos más irrepugnables y favorecidos.

**Levítico 22** continúa en la misma línea durante los primeros 16 versículos. Había que tomar las mayores precauciones para evitar que cualquier forma de impureza entrara en contacto con las cosas santas de Dios. Todas estas reglas tenían claramente el propósito de grabar en la mente de los hijos de Israel su propia tendencia natural a lo que era contaminante, en contraste con la santidad esencial de Dios. Nosotros también debemos ser conscientes de ello, aunque la impureza que debemos temer hoy en día es la que proviene del interior y no del exterior. En la época de nuestro Señor, los fariseos y otros abusaban de estas instrucciones, tratando estas observancias ceremoniales como si fueran lo único que importaba. De ahí la palabra del Señor: «Lo que sale de la boca, del corazón viene; y eso contamina al hombre» ([Mat. 15:18](#)).

Desde el versículo 17 hasta el final del capítulo, encontramos normas relativas a

las ofrendas que podían traer los israelitas comunes o incluso los extranjeros. Aquí encontramos la misma intención. Cada oferente debía conocer la santidad de Jehová, a quien se le hacía la ofrenda, y asegurarse de que ninguna imperfección marcara la ofrenda, y que no se tratara de una criatura muy pequeña y débil que acababa de nacer. Todo debía hacerse según las prescripciones de Dios. Eran santificados, y por lo tanto apartados, por Jehová; y este debía ser santificado en medio de ellos.

Cuando nos dirigimos al libro de Malaquías, vemos inmediatamente que el resto del pueblo que había regresado al país violaba estas instrucciones de manera escandalosa. Los sacerdotes ofrecían «pan inmundo» en el altar de Jehová. Ofrecían un «animal ciego» en sacrificio, así como «el cojo o el enfermo» (1:7-8). Se les desafiaba a ofrecer tales cosas al gobernador y ver qué decía él. Ofrecerlas a él sería una impertinencia; ofrecerlas a Dios era un pecado vergonzoso. Trataban los estatutos de nuestro capítulo como si fueran nulos y sin efecto. De ahí el recordatorio de que «la ley de Moisés... con los estatutos y los juicios» (Mal. 4:4), no había perdido nada de su fuerza, aunque hubieran pasado 1.000 años desde que fue dada. Lo que Dios ordena al principio de una dispensación permanece inalterable y tiene autoridad al final de esta.

Cuando pasamos del tipo al antitipo, encontramos, como siempre, lo que es perfecto y está en plena armonía con los pensamientos y las exigencias de Dios. Basta con citar un versículo relacionado con lo anterior. Sabemos que hemos sido redimidos por «la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha» (1 Pe. 1:19).

## 6 - Levítico 23:1 al 25:23

El capítulo 22 termina con un solemne recordatorio a Israel de la santidad de Jehová, que los sacó de la tierra de Egipto para ser su Dios. El capítulo 23 comienza con el hecho de que él deseaba que el pueblo, al que había redimido, se reuniera ante él. Una «convocatoria» es una «reunión», y eso debía marcar las fiestas de Jehová.

En *primer* lugar, se menciona el sábado semanal. Durante 6 días había que trabajar, pero el séptimo día debía ser un día de descanso completo. Otros pasajes bíblicos indican el carácter especial del sábado. Por ejemplo, [Deuteronomio 5:15](#) declara que debía servir como recordatorio de su liberación de Egipto. Del mismo modo, [Ezequiel 20:12](#) muestra que era una señal entre Dios e Israel, que había un pacto entre

ellos. Significaba el descanso después del trabajo realizado. Así fue en la creación, cuando, después de 6 días de trabajo que fueron muy buenos, Dios descansó. Bajo la Ley, Israel debía trabajar 6 días y así ganarse el descanso del séptimo día.

Al leer los Evangelios, no podemos sino sorprendernos por la frecuencia con la que las obras de misericordia de nuestro Señor se realizaban en el día de reposo, lo que provocaba la ira de los fariseos y de los escribas. Israel había roto completamente la alianza, por lo que el Señor dejaba de lado la señal de esta y mostraba también que no había descanso para Dios en una creación que había sido arruinada por el pecado. De ahí esta gran palabra de Jesús, recogida en [Juan 5:17](#): «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo». Estamos liberados de la Ley, que ya no constituye la base de nuestra relación con Dios. Nos presentamos ante Dios en justicia, realizada por la obra de Cristo, y por eso comenzamos con el descanso el primer día de la semana, en lugar de alcanzarlo al final por nuestras propias obras.

Sin embargo, el sábado tenía un significado típico, prefigurando el descanso de Dios, en el que finalmente será introducido el remanente, según [Hebreos 4](#). Cuando leemos: «Queda, pues, un reposo sabático para el pueblo de Dios» ([Hebr. 4:9](#)), el margen nos indica que la palabra utilizada aquí para «descanso» es literalmente “la observancia del sábado”, el único lugar en las Escrituras donde se utiliza esta palabra en particular. En nuestro capítulo, el sábado es, por tanto, profético del descanso en el que Dios finalmente introducirá al verdadero Israel, y las fiestas de Jehová que siguen son proféticas de las etapas por las que se debe alcanzar ese descanso.

En *segundo* lugar, entre estas fiestas, la Pascua ocupa el primer lugar, ya que simboliza lo que constituye la base de toda la obra de Dios con este fin: la muerte de Cristo. Todos los detalles al respecto nos han sido presentados en [Éxodo 12](#), por lo que el versículo 5 solo lo menciona sin dar detalles; así pues, podemos pasar a examinar la fiesta de los panes sin levadura, en los versículos 6 al 8.

La levadura, que simboliza el pecado por su actividad fermentadora, debía excluirse totalmente de su pan durante 7 días. Aquí tenemos algo que se aplica a nosotros mismos en [1 Corintios 5:6-8](#). Sabemos que Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros, aunque no seamos de Israel, y los 7 días de los panes sin levadura representan el período completo en el que vivimos actualmente, en el que nos corresponde acabar con el pecado por el que y para el que Cristo murió. Debemos celebrar «la fiesta [...] con pan sin levadura, de sinceridad y verdad».

Sin duda, habrá una aplicación especial para Israel en los días venideros, cuando descubran cómo su Mesías murió por ellos y aprendan a aborrecer y abandonar su

pecado. En cualquier caso, es cierto que, si un alma está liberada del castigo del pecado, que ha sido expiado por la muerte de Cristo, esa alma rechaza el pecado por el que Cristo murió. El principio se enuncia claramente en [Romanos 6:2](#).

Nuestro capítulo está dividido en párrafos, que comienzan respectivamente en los versículos 9, 23, 26 y 33. El primer párrafo contiene las fiestas que tienen el carácter de «primicias» (vean los v. 10 y 17). De hecho, aunque las palabras son idénticas en nuestra versión, las palabras en el original difieren. En el versículo 10, la palabra significa “frutos principales”, y en el versículo 17 significa “primeros frutos”; esta es otra señal de la inspiración divina, ya que ahora podemos ver que se trataba de tipos y predicciones, primero de la resurrección de Cristo y luego de los santos que son sus discípulos.

Encontramos el antitipo neotestamentario del primero en un pasaje como «(Ahora, Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron» ([1 Cor. 15:20](#)). La gavilla de las primicias, que debía ofrecerse siendo agitada ante Jehová y que sería aceptada en nombre del pueblo, era en un sentido absoluto el comienzo de la cosecha. Mientras no se ofreciera, el pueblo no debía tocar en ningún caso los productos de la cosecha, como muestra el versículo 14. Una vez ofrecida, debía ir acompañada únicamente de un holocausto y una ofrenda de alimentos con la libación correspondiente.

Podemos ver claramente hasta qué punto todo esto prefiguraba con precisión el gran acontecimiento antitípico. El Cristo resucitado está ante nosotros, por lo que ninguna ofrenda por el pecado es apropiada aquí. La ofrenda de paz tampoco tiene cabida, ya que la idea de comunión no entra en juego. Las 2 ofrendas que aparecen resaltan el aroma agradable de su vida sin mancha y su muerte sacrificial.

Además, la gavilla de los primeros frutos no debía ser mecida ante Jehová el día de reposo, sino al día siguiente del sábado, es decir, el primer día de la semana. Fiel a este tipo, Cristo permaneció en la tumba durante todo el sábado, y el primer día de la semana resucitó de entre los muertos. La gavilla fue mecida «para que seáis aceptos», como dice [23:11](#), y de acuerdo con esto, Jesús nuestro Señor, que fue entregado por nuestras transgresiones, resucitó «para nuestra justificación» ([Rom. 4:25](#)). Hoy, el creyente se presenta ante Dios en la aceptación de Cristo resucitado; y, de hecho, para todo santo, en todo momento, no es posible ninguna otra aceptación.

La fecha de la siguiente fiesta se fijaba en referencia a esta. Había que contar 50 días, lo que, según el cálculo judío, los llevaba al día siguiente del séptimo sábado, la fiesta de Pentecostés. La ofrenda de 2 panes mecidos en esta ocasión se califica de «nuevo

grano». Efectivamente, así era, ya que la levadura debía excluirse rigurosamente de todas las demás ofrendas de alimentos, mientras que aquí debía introducirse. Sin embargo, aunque se introdujera, su acción fermentadora debía detenerse mediante el fuego, ya que los panes debían cocerse.

Aquí vemos prefigurado lo que ocurrió por primera vez el día de Pentecostés, relatado en [Hechos 2](#). En esa gran ocasión, 50 días después de la resurrección de nuestro Señor, 3.000 judíos, procedentes de muchas naciones, se convirtieron y fueron ofrecidos a Dios como «primicias». No es hasta el capítulo 10 de Hechos que vemos a los paganos ofrecidos como «primicias». Pero lo fueron, porque más tarde vemos al apóstol Pablo hablar de sí mismo como ministrando «en el Evangelio de Dios, para que los gentiles sean una ofrenda agradable a Dios, siendo santificada por el Espíritu Santo» ([Rom. 15:16](#)).

En nuestro tipo, había 2 panes, que representaban a las 2 clases, y ambos, habiendo sido juzgado y, por lo tanto, apartado el pecado que había en ellos, fueron aceptados por igual cuando fueron presentados a Dios. Lo que no se simboliza aquí es el hecho de que, en la Iglesia, los 2 se hacen uno ante Dios. Pero este hecho pertenece al «misterio» que ahora ha sido revelado y que, según se nos dice expresamente, no era conocido en la antigüedad. Lo que se prefigura es el hecho de que los santos de hoy no son la cosecha completa que debe ser recogida tras la muerte y resurrección de Cristo, sino más bien «como primicias de sus criaturas» ([Sant. 1:18](#)).

De acuerdo con todo esto, las ofrendas que las acompañaban debían incluir tanto ofrendas por el pecado como ofrendas de paz, así como holocaustos. Los 2 panes constituían la ofrenda de alimento, pero como representaban a los pecadores redimidos, solo podían presentarse sobre la base de una ofrenda por el pecado, ya que la levadura que había en ellos había sido típicamente juzgada por el fuego. Una vez más, encontramos las palabras: “No haréis ningún trabajo servil”. Las habíamos visto en relación con la fiesta de los panes sin levadura, pero no aparecían en relación con la gavilla de los primeros frutos. Si los santos deben ser presentados a Dios, cualquier esfuerzo humano queda totalmente excluido.

El versículo 22 es en realidad un paréntesis, introducido para mostrar que Dios, al tiempo que ordenaba estas fiestas en las que debía ser honrado y exaltado, tenía un corazón lleno de compasión por los necesitados de su pueblo, e incluso por los extranjeros. En el libro de Rut, podemos ver cómo un israelita temeroso de Dios, Booz, observaba este mandamiento; y su observancia fue aprobada por Dios para incluir el nombre de Rut en la genealogía, no solo de David, sino también del mismo

Cristo, como se menciona en [Mateo 1:5](#).

Las fiestas de Jehová no estaban repartidas de manera uniforme a lo largo del año. Después de Pentecostés, había una pausa hasta el séptimo mes, y luego se sucedían rápidamente 3 fiestas, cerrando la serie. El primer día del séptimo mes se celebraba la Fiesta de las Trompetas, que, en su significado profético, aún espera su cumplimiento. Anuncia la reunión de los elegidos de Israel en la segunda venida, según las palabras del Señor recogidas en [Mateo 24:31](#).

El versículo 24 de nuestro capítulo se refiere a esta fiesta como una «santa convocación», y esta reunión sagrada será efectivamente una santa convocación. Se cumplirá sobre la base del sacrificio, como indica el versículo siguiente, y se eliminará todo «trabajo» (vean 23:3, 7), porque esta reunión predicha de Israel no se realizará por las obras de la Ley, sino que se basará enteramente en la misericordia de Dios, como declara [Romanos 11:26-32](#).

El décimo día del séptimo mes era el día de la expiación, cuyos detalles hemos visto al examinar el capítulo 16. Aquí hemos destacado la eliminación de todo trabajo en ese día y, más aún, la aflicción del corazón y del alma que debía caracterizar al pueblo. Si lo consideramos en el contexto de las otras fiestas, anuncia el gran avivamiento espiritual en Israel, que producirá un arrepentimiento de una profundidad y una realidad inusuales, como predice [Zacarías 12:10-14](#). Gracias a esta obra interior de la gracia, se creará una nación moralmente apta para entrar en la bendición milenaria.

Solo 5 días después, llegaba la Fiesta de los Tabernáculos, que duraba 7 días. Era un tiempo de acción de gracias y regocijo, cuando se habían cosechado todos los frutos del año, y sin duda eso era todo lo que significaba para el pueblo en aquella época. Ahora que tenemos la luz de la profecía del Nuevo Testamento, vemos cómo anunciaba la bendición milenaria, que es el propósito de Dios para Israel. Si el pueblo hubiera conocido su significado último, tal vez no habría sido tan negligente en su observancia, como señala [Nehemías 8:17](#). Y una negligencia similar parece haberles marcado en lo que respecta a las otras fiestas.

Al repasar la enseñanza de este capítulo, vemos que destaca los grandes acontecimientos que marcaron la historia de Israel: la muerte de Cristo, su resurrección, la venida del Espíritu, la reunión de un pueblo elegido, su profundo arrepentimiento, El gozo y la bendición milenaria. Los 3 primeros se han cumplido, los 3 últimos aún están por llegar. La parte de la Iglesia no se encuentra aquí, sino únicamente en el Nuevo Testamento. Podemos estar seguros de que, tanto para Israel como para la

Iglesia, ninguna de las cosas predichas dejará de suceder cuando llegue el momento.

Las últimas palabras del capítulo retoman las primeras palabras del versículo 2: «Las fiestas solemnes de Jehová». Es tristemente instructivo observar cómo Juan habla de ellas en su Evangelio. He aquí un ejemplo: «Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos» ([Juan 5:1](#)), y así ocurre a lo largo de todo el libro. Las observaban más escrupulosamente que sus padres, pero solo de manera ritualista. Habían perdido el núcleo, conservando la corteza. Por lo tanto, sus fiestas fueron desautorizadas. Hay aquí una advertencia para nosotros. No dejemos de tomar en serio el principio que se encuentra en ella y el peligro que revela.

[Levítico 24](#) se divide en 2 partes. En la primera, tenemos instrucciones sobre el mantenimiento de las lámparas en el lugar santo y de los panes en la mesa de oro, para que todo esté en orden ante Dios. En la segunda parte, descubrimos que había un grave desorden en el campamento, en lo que respecta al estado real del pueblo. Ver las cosas de manera ideal según el pensamiento de Dios es una cosa, verlas de manera práctica según el estado del pueblo es otra. Y lo mismo ocurre con nosotros hoy en día.

Es interesante observar la frecuencia con la que aparece la palabra «puro» en los versículos 1 al 9. El candelabro puro tenía 7 lámparas que debían alimentarse con aceite puro extraído de las aceitunas. La mesa pura contenía los 12 panes de flor de harina, cubiertos de incienso puro, renovados cada sábado ante Jehová vean [24:4, 7](#)). Aquí vemos lo que se cumplirá en la era venidera, cuando la luz del Espíritu de Dios no solo estará «del trono», sino también «enviados por toda la tierra» ([Apoc. 4:5; 5:6](#)). En esa época también, las 12 tribus serán finalmente mantenidas ante Dios en una fragancia que obtienen enteramente de Cristo.

La santidad de todo esto se subraya en el versículo 9. Los panes semanales solo debían ser consumidos por los sacerdotes, y en el lugar santo. No debían llevarse fuera. Sin embargo, incluso esta regla tuvo que ceder ante la urgente necesidad de David, que era el ungido de Jehová, como se relata en [1 Samuel 21:6](#); y esta acción de Ahimelec fue aprobada por nuestro Señor en [Mateo 12:3-4](#). El verdadero ungido de Jehová es «mayor que el templo», por muy importantes que fueran este templo y sus disposiciones. Además, David estaba rechazado cuando ocurrió el incidente; y nuestro Señor estaba el rechazado cuando habló en [Mateo 12](#). En estas circunstancias, las necesidades del Ungido de Jehová prevalecieron sobre las normas legales.

El pecado del hombre que maldijo el nombre de Jehová se presenta aquí como contraste. El pensamiento de Jehová sobre él fue revelado y tuvo que morir. En el ver-

sículo 17 se habla de matar a un hombre, y maldecir a Jehová es un pecado tan grave como ese, ya que la pena en ambos casos era la muerte. Aquí también se mencionan males menos graves, y se obtiene la legislación del «ojo por ojo y diente por diente», también mencionada en el Éxodo y el Deuteronomio, y a la que el Señor se refiere en [Mateo 5:38](#). Él se refiere a ella para resaltar la gracia que estaba comenzando a revelar, lo que implicaría que sus discípulos mostraran gracia hacia los demás.

[Levítico 25](#) introduce un nuevo tema. Los capítulos anteriores trataban principalmente de cuestiones que concernían especialmente a los sacerdotes y se pronunciaban «desde el tabernáculo» (cap. 1:1). Ahora tenemos un tema que se refería más bien al buen gobierno en Israel, cuando entraron en el país, y que por lo tanto se pronunció «en el monte Sinaí». A este respecto, el hecho fundamental que debían tener en cuenta se enuncia en el versículo 23: «La tierra es mía». Por lo tanto, Israel debía tratar la tierra, cuando tomara posesión de ella, de la manera prescrita en los versículos anteriores.

Cada séptimo año debía ser un año sabático, durante el cual la tierra debía descansar. Y cuando hubieran pasado 7 de esos años sabáticos, el quincuagésimo año debía ser un año jubilar, durante el cual no solo no se debía sembrar, sino que cada hombre debía volver a su heredad. Esta Ley debía ser una gran prueba para el pueblo.

En el versículo 20, se prevé que dirán: «¿Qué comeremos...?» En respuesta a esto, debían confiar en la Palabra dada por Dios, según la cual el sexto año produciría lo suficiente para 3 años. Así, aunque no sembraran en el año 50 ni en el 49, tendrían provisiones suficientes. La cuestión era simplemente la siguiente: ¿iban a creer en la Palabra de Dios? Es bastante preocupante constatar que no hay rastro en la historia del pueblo de la observancia del año del jubileo, aunque tenemos una referencia a un pariente que redime una herencia.

Lo que está muy claro es que, dado que la tierra pertenecía a Dios, aquellos a quienes Él se la había dado solo podían disponer de ella según el principio del arrendamiento, vendiéndola hasta la llegada del jubileo; el valor del arrendamiento disminuía a medida que se acercaba el jubileo. Así, cada herencia no debía ser enajenada definitivamente a la familia que la poseía originalmente. De esta manera, se impedía la acumulación de bienes inmuebles por parte de hombres codiciosos y, lo que era aún más importante, Israel tenía un recordatorio constante de que todo lo que poseía le venía de Jehová y dependía de Él. Nosotros, que somos cristianos, ¿necesitamos menos que ellos este recordatorio? ¿No lo necesitamos más bien aún más?

## 7 - Levítico 25:23 al 27

Después de recordar a Israel que la tierra a la que iba a entrar pertenecía a Jehová, por lo que solo era un arrendatario temporal y, por lo tanto, no podía separarse de ella definitivamente, se le enseñó el derecho de rescate que debía observarse si alguien se empobrecía y se separaba temporalmente de su tierra.

Algunos de los que habían hecho esto podían prosperar económicamente más adelante y estar en condiciones de redimirla por sí mismos. Este caso se contempla en el versículo 26, y las condiciones equitativas de redención se establecen en el versículo 27. Pero en el versículo 25, aprendemos que, si un hombre seguía siendo pobre e incapaz de hacerlo, «su pariente más próximo» podía intervenir y redimirla por él. Esto nos lo ilustra la acción de Booz en el libro de Rut; y por este tipo, vemos cuán necesario era que el Señor Jesús asumiera una humanidad perfecta, sin pecado. Así, él «participó» en «carne y sangre», como dice [Hebreos 2:14](#), para que, mediante su muerte, pudiera anular el poder del diablo sobre nosotros. Si solo hubiera tomado ángeles, no habría podido cumplir el tipo como nuestro Pariente redentor y pagar el precio necesario.

Los versículos 29 al 34 tratan de las excepciones a lo anterior. Las casas en los pueblos debían tratarse como tierras, pero no si la casa se encontraba en una ciudad fortificada. Estas solo podían rescatarse en el año siguiente a la transacción inicial. Eran más claramente obra del hombre, desprovistas de la sencillez asociada a la obra de Dios en el campo. Además, se ordenaba una protección especial para los levitas y sus posesiones, ya que eran propiedad especial de Dios.

En la última parte de nuestro capítulo, pasamos de las leyes relativas a la tierra a las relativas al rescate de personas. El primer caso examinado es el del israelita que, al empobrecerse, se vendió por un período de servicio a uno de sus hermanos. Debía ser tratado como un sirviente asalariado y no como un esclavo, y en el jubileo debía ser liberado. Este caso se examinó en detalle en [Éxodo 21](#).

Pero luego, algunas naciones vecinas podían estar dispuestas a venderse como sirvientes. En este caso, no se preveía ninguna redención, y su servicio sería perpetuo. Cabe señalar que se trata aquí de una forma de esclavitud autorizada: sí, pero era una forma aceptada por la persona en cuestión a cambio de una contraprestación económica, y no algo que se le impusiera, o similar a lo que se hacía con los africanos hace unos siglos.

En *tercer* lugar, estaba el caso del israelita que, al empobrecerse, se vendía como

esclavo a un extranjero o a un viajero en el país. Sería liberado durante el jubileo, pero también se tomaban disposiciones especiales para su posible rescate antes de la llegada del jubileo. Pero este derecho de rescate se limitaba de nuevo a uno de sus parientes: hermano, tío o primo. Así, el «pariente más próximo» entra en escena cuando se trata de personas, y no solo en relación con la tierra. Al considerar este tipo, debemos recordar, como con todos los tipos, que la gran Realidad que simboliza supera con creces al tipo.

**Levítico 26**, al que llegamos ahora, tiene un carácter extremadamente solemne. Los versículos 1 al 13 ofrecen una imagen brillante de las bendiciones terrenales y la prosperidad que seguirían a su obediencia. Los versículos 14 al 39 ofrecen una terrible previsión de los males que sobrevendrían si la desobediencia los marcara.

El versículo 1 prohíbe toda forma de idolatría. El versículo 2 refuerza el carácter sagrado del sábado y del santuario. El versículo 3 resume todas las demás leyes bajo los términos «Mis decretos» y «Mis mandamientos», que debían ser respetados. No bastaba con reconocerlos de boquilla. Debían ponerlos «por obra».

A continuación, se detallan las prosperidades que se derivarían de ello. Pero todo era estrictamente provisional. Se trataba de si andáis... «os daré». Todo dependía de su obediencia y ese «si» resultó fatal. Las bendiciones prometidas eran de orden terrenal y material. Se pueden resumir así: fertilidad, paz, victoria y la presencia real de Dios entre ellos. Jehová había roto los lazos del yugo que se les había impuesto en Egipto, para que pudieran caminar con la cabeza alta en lugar de estar encorvados bajo pesadas cargas. Su presencia sería su salvación continua. No se hace ninguna mención del cielo o de la vida venidera. Qué contraste con la condición de los cristianos, bendecidos «con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (**Efe. 1:3**), y ello sin ninguna condición.

La mayor parte del capítulo está dedicada a advertencias sobre las terribles desgracias que provocarían su desobediencia y que caerían sobre ellos con una intensidad séptuple. En la época de Ezequiel, la triste historia de las transgresiones de Israel alcanzaba su punto álgido, y a través de él, el Señor hablaba de «mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, fieras y pestilencia» (**Ez. 14:21**). En nuestro capítulo aparecen los «cuatro juicios terribles», pero la espada, en lugar de mencionarse en primer lugar, ocupa el cuarto lugar. Además, como revelan los versículos 36 y 37, también emplearían la espada unos a otros, aumentando así sus miserias y su destrucción.

Los versículos 34 y 35 predicen que ignorarían los mandamientos relativos al sá-

bado, en particular en lo que respecta a la tierra, y que, en consecuencia, Dios le concedería un largo descanso sabático, cuando fueran expulsados y ella quedara desolada. Todos sabemos cuánto ha estado en reposo este país hasta estos últimos años.

Con el versículo 40, comienza a surgir un rayo de esperanza. Se abre una puerta a la esperanza, si se cumplen 2 condiciones. En primer lugar, deben confesar sus iniquidades. Segundo, deben aceptar el castigo que sus iniquidades les han acarreado. Esta segunda condición se menciona 2 veces, como pueden observar, y es evidentemente una cuestión muy importante. Estas 2 condiciones están presentes en la oración de Daniel ([Dan. 9](#)), por lo que obtuvo una respuesta rápida. Un hombre puede confesar su pecado, pero si sigue oponiéndose al castigo que conlleva, eso demuestra que su confesión es superficial y carece de la profundidad de una verdadera contrición. Esto es tan cierto para nosotros hoy como lo fue para el antiguo Israel, porque Dios trata a sus hijos con amor, pero también con estricta justicia. El [Salmo 73](#) lo demuestra.

Al final del capítulo también se indica claramente que, aunque la desobediencia les acarrearía consecuencias desastrosas, Dios nunca olvidaría su alianza con Abraham, Isaac y Jacob, en la que se había comprometido incondicionalmente con ellos. Pablo se refiere a ello en [Gálatas 3:17-18](#), subrayando que la Ley no se dio hasta 430 años después y no puede anularla. Este pacto anterior era «por promesa» y, cuando Dios lo cumpla, Israel será bendecido sobre la base de la misericordia, como dice [Romanos 11:31-32](#).

Hay algo más que se puede decir: las desgracias anunciadas, al igual que los favores ofrecidos en los versículos anteriores, son todos de naturaleza terrenal y temporal, aunque se describan en términos terribles. No se hace ningún intento por suavizar el lenguaje; más bien al contrario. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento, donde se exponen las desastrosas consecuencias del pecado no perdonado en la eternidad. El lenguaje, ya sea el de nuestro Señor o el de sus apóstoles, no podría ser más fuerte. Debemos ver en ello una prueba evidente de la bondad de Dios. Quienes infringen las leyes humanas a veces se quejan de que no las habrían transgredido si se les hubiera explicado claramente la sanción que acarreaban. Ninguna queja de este tipo por parte de Israel podría haberse esgrimido contra Dios. Tampoco se aceptará ninguna queja de este tipo contra aquellos que, después de haber escuchado el Evangelio y rechazado sus advertencias, pasan a una eternidad perdida.

[Levítico 27](#) contempla los casos en los que los israelitas podrían desear consagrarse

a Jehová mediante un voto, ya sea ellos mismos, sus animales, sus casas, sus tierras, etc. En ocasiones especiales. En lo que respecta a las personas, había una valoración fija, como se indica en los primeros versículos. Esta estaba en manos de Moisés. El versículo 8 contempla el caso del pobre, al que se le permitía apartarse de Moisés para dirigirse al sacerdote, que lo valoraría en función de sus medios. Ahora bien, el sacerdote era alguien que podía «mostrar indulgencia con los ignorantes y extraviados» ([Hebr. 5:2](#)). La Ley pura en sí misma no admite ninguna flexibilidad: lo que se exige debe pagarse íntegramente. El sacerdote representaba esa medida de gracia que se permitía en el marco del sistema legal.

Parece haber muy pocas referencias en el Antiguo Testamento a tales votos y ofrendas a Jehová. Es posible que el voto de Jefté ([Jueces 11](#)), hecho de manera tan irreflexiva, pertenezca a esta categoría. Lo mismo ocurre con el voto de Ana, que entregó a Samuel a Jehová. Israel a menudo abusó, o incluso descuidó, estas normas, como ilustra [Malaquías 1:14](#). Sin embargo, Dios no se dejaba engañar, y una maldición caía sobre la cabeza del hombre que engañaba en sus votos.